José Fernández del Villar

EL PASO DEL CAMELLO

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1923

EL PASO DEL CAMELLO

El paso del camello

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA, ORIGINAL

DE

José Fernández del Villar

Estrenada en el **TEATRO INFANTA ISABEL**
el 17 de Marzo de 1923.



MADRID
Establecimiento tipográfico de J. Amado
Pasaje de la Alhambra, 1.
Teléfono 18-40
1923

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MATILDE...	María Luisa Moneró.
DOÑA BERTA...	María Brú.
RAQUEL...	Julia Lajos.
DOÑA BERENGUELA...	Mercedes Sampedro.
LUCY...	Florentina Montosa.
MARTINA...	María Robles-Bris.
REGLA...	Manolita Iglesias.
EL ABUELO...	José Calle.
DON BUENAVENTURA...	Pedro Sepúlveda.
CARLOS...	Nicolás Navarro.
PEPE GUTIERREZ...	Ceferino Barrajón.
PERALTA...	José María Gallardo.
JUAN...	Antonio del Pino.
BANDERITA...	Antonio Suárez.
DON BALTASAR...	Pedro González.
PEDRO N...	José Cabrero.

La acción, en Madrid. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Gabinete decorosamente amueblado en el piso que ocupa don Buenaventura en una casa de nueva planta, sita en el barrio de Salamanca, en Madrid. Puerta al foro y puerta a la izquierda. Al foro, un pasillo con amplia galería de cristales, que se supone da al patio de la casa. A la derecha, un mirador. Alfombra, un piano, aparatos de luz eléctrica, cortinas, etc., etc. Es de día: un día alegre y luminoso, de finales de Junio.

(Al levantarse el telón aparece la escena sola. Dentro suena el timbre de la puerta del piso. A poco cruza por el pasillo, de izquierda a derecha, MARTINA, una criadita de la casa, madrileña y redicha, muy puesta de vestido negro, delantal blanco y cofia. Un rato después entran en escena por la derecha del foro MARTINA y CARLOS, un muchacho de veinticinco años, simpático y modesto, que viste con decoro, pero sin pujos de elegancia.)

Carlos. Pero ¿es posible que no haya nadie en casa, Martina?

Martina. Nadie, señorito.

Carlos. ¡A la hora que es!...

Martina. ¿Qué hora es?

Carlos. *(Mirando su reloj.)* Cerca de las dos. ¿Cuándo se come aquí?

Martina. ¡Anda! Hay días que no se come.

Carlos. *(Extrañado.)* ¿Qué?

Martina. Quiero decir que se empalma la comida con la cena. Como las señoritas tengan que ir al Real y hayan tomado el desayuno tarde... Pero eso es en el invierno; ahora en el verano es otra cosa.

Carlos. *(Con pena.)* ¡Qué desbarajuste de casa!

Martina. ¡Usté verá!... Como no hay cabeza, pues todo anda de cabeza.

Carlos. Doña Berta es que no se ocupa de nada.

Martina. ¡De nada, señorito! Es un perro callejero; no le gusta más que la calle. A las nueve de la mañana ya la tiene usté componiéndose para salir y vuelve cuando Dios quiere, para marcharse en seguida otra vez. Y por el orden de la señora, el resto de la familia. ¡Digo, usté lo sabe!

Carlos. Sí lo sé, Martina, sí lo sé. ¡Y lo deploro con toda mi alma!

Martina. ¡Natural! A usté le gustaría que su novia fuese otra cosa.

Carlos. Por lo menos que lo fuese su familia. Pero con el ejemplo que ve, ¿qué autoridad ni qué eficacia pueden tener mis argumentos?

Martina. ¡Bueno! Y cuente usté, señorito, con que la señorita Matilde, desde que está en relaciones con usté, es otra.

Carlos. Pues si es otra, y yo apenas la veo como no vaya a buscarla al paseo, al cine, a casa de Molinero o a la de la modista, ¿qué sería antes?

Martina. ¡Otra madre! Igual que sus hermanas. Las criaturas lo que ven. A eso se enseñan.

Carlos. Tiene usté razón, Martina. Esta casa es una casa muy a la moderna, para desgracia mía. *(Dentro suena el timbre de la puerta del piso.)* Han llamado. ¡A ver si es ella!

Martina. Voy a abrir. Con su permiso, señorito. *(Vase por el foro derecha.)*

Carlos. *(Con tristeza.)* ¡Cómo ha de ser! A veces el corazón se encariña con aquello que más nos desagrada. ¡Misterios!

(Pausa. Por el foro derecha vuelve MARTINA.)

Martina. El cartero; era el cartero con «El Liberal» de Murcia, que se lo mandan al señorito a diario. Como el señorito es de allí...

Carlos. ¿Y dónde estarán? ¿Usté no podría indicarme, Martina?...

Martina. ¡Claro que sí! El señorito, en el Ministerio; la señora, de compras o en alguna conferencia—que ya sabe usté que en eso de las conferencias la señora le gana a Teléfonos—; la señorita Matilde salió con don Pascual—el Abuelo como le dicen todos en la casa al padre de la señora—, a pasear por el Retiro, y la señorita Lucy y la señorita Regla creo que han ido con su tía; la señorita Raquel, a probar un «huso», que el marido de la señorita Raquel le va a comprar a la señorita.

Carlos. ¿Un qué?

Martina. ¡Un «huso»!

Carlos. ¿Un huso? Pero ¿es que ha vuelto la moda de hilar, Martina? ¡Será un Hudson!

Martina. ¡Un automóvil!

Carlos. ¡Pues eso, un Hudson! ¿Y dice usté que el marido de la señorita Raquel se lo va a comprar a su esposa?

Martina. Por lo visto.

Carlos. ¿Es que dos meses escasos de ocupar la Subsecretaría de Hacienda ya dan para adquirir un automóvil?

Martina. ¡No sé yo!...

Carlos. ¡Así anda la Hacienda y así anda todo!... En fin, puesto que aquí no hay nadie, me voy a mi piso. Luego bajaré por si ya han vuelto, al menos el Abuelo y mi novia, que es lo que me interesa.

Martina. Si viniera antes la señorita, ¿quiere usté que yo suba a avisarle?

Carlos. ¿Para qué se va usté a molestar, si yo he de bajar de todos modos?

Martina. Como usté quiera, señorito Carlos. Y su madre y su hermana, ¿están bien?

Carlos. Gracias a Dios.

Martina. Deles usté muchos recuerdos.

Carlos. De su parte, Martina. Hasta luego.

Martina. Hasta luego, señorito. *(Vase Carlos por el foro.)* Es demasiao bueno y demasiao honrao para conformarse con ciertas cosas. ¡De otra casta, de otra clase, menos encopetá, pero con más vergüenza! *(Dentro se oye una voz femenina.)* ¿Eh? *(Prestando atención.)* ¡Vamos! Al fin se encontró con lo que buscaba. ¡Ya está ahí la señorita Matilde!

(Por el foro entra MATILDE, seguida de CARLOS. Es Matilde una muchacha de veinticinco primaveras, guapa, moza, pero de gesto duro, mirada altiva y carácter despótico. Viste un elegante y vaporoso traje de mañana. Al entrar se despoja del sombrero, que deja sobre una silla.)

Matilde. ¿En serio te marchabas sin esperarme?

Carlos. ¡Mujer, subía a comer, con ánimo de bajar luego! ¡Que te cuente Martina lo que le he dicho!

Martina. Verdad que sí, señorita.

Matilde. *(Encarándose con Martina.)* Y tú, ¿qué haces aquí, en el gabinete?

Martina. ¿Yo, señorita?...

Matilde. ¡Sí, tú! ¿Qué haces aquí? ¡Andando a tus ocupaciones! ¡Pues no faltaba más!

Martina. Usté dispense, señorita, pero...

Matilde. ¡Menos conversación! ¡A la cocina!

Martina. (¡Y luego dicen de los bolcheviques!... ¡Ay!

¡Quién estuviera en Rusia!...) *(Vase por el foro izquierda.)*

Carlos. Pero ¿por qué tratas con tanto despego a las criadas, mujer?

Matilde. ¡Si te parece les ayudaré a hacer las camas como tu gente!

Carlos. *(Con dulzura y altivez al mismo tiempo.)* Mi gente, como dices tú; mi madre y mi hermana, como digo yo, si ayudan a la chica que nos sirve a hacer las camas, no por eso se les rompe ningún hueso ni dejan de ser tan dignas y tan señoras como la que más. ¡No lo olvides, Matilde!

Matilde. Pensamos de modo muy distinto.

Carlos. Desgraciadamente.

Matilde. A esta chusma hay que hacerle ver la diferencia que va de ella a nosotros: que no todos somos unos.

Carlos. Ganando en autoridad lo que se pierde en estimación.

Matilde. ¿Y qué? ¡Mucho se me da a mí de la estimación de una criada!

Carlos. No lograremos entendernos nunca, Matilde.

Matilde. Porque, a pesar de tu figura distinguida, tienes un espíritu plebeyo.

Carlos. *(Conteniéndose a duras penas.)* ¿Y paciencia? ¿No tengo paciencia? ¿De mi paciencia no dices nada, Matilde?

Matilde. ¡Mira, Carlos, lo mejor será que dejemos esta conversación, porque vamos a salir riñendo!

Carlos. Sí, mejor será, porque contigo es imposible discutir. No atiendes a razonamientos ni ves más allá de lo que te dicta tu orgullo.

Matilde. ¡Carlos!

Carlos. Mentira me parece que, siendo como eres, tan distinta a mí por todos conceptos, te pueda querer como te quiero, Matilde.

Matilde. Lo mismo me digo yo a diario.

Carlos. ¡Es una fatalidad!

Matilde. ¡Que estaría escrito!

Carlos. *(Con desaliento.)* ¡Estaría escrito!

(Pausa. Por el foro aparece EL ABUELO, un viejo de setenta años, pero fuerte y recio. Tiene la cabeza completamente blanca.)

El Abuelo. ¡Dios te guarde, ingeniero! ¿Tú por aquí a estas horas?

Carlos. Según costumbre, don Pascual. Ya sabe usté que, al salir de la oficina y antes de subir a mi casa, entro todos los días un rato para saludar a Matil-

de. Hoy ya me marchaba cuando han llegado ustedes.

El Abuelo. Un poco nos hemos retrasado, es verdad. Pero con retraso y todo, hemos sido los primeros. ¿No, Matildita?

Matilde. Los primeros.

El Abuelo. Así da gusto. ¿Ves? ¿Y qué cuenta mi nieto?

Carlos. *(Sonriendo tristemente.)* ¡Su nieto, don Pascual!... ¡Ojalá llegue un día en que con razón pueda usté darme ese nombre y yo a usté el de Abuelo!

El Abuelo. Pues ¿no ha de llegar? Todo llega en la vida y todo pasa, Carlitos, quizás antes de lo que quisiéramos. *(Carlos suspira.)* ¿A qué viene ese suspiro del alma? ¿Es que estamos de monos?

Carlos. Matilde y yo casi siempre. No conseguimos amoldarnos el uno al otro.

Matilde. Porque eres muy intransigente.

Carlos. Y tú muy altiva.

El Abuelo. ¡Vamos, vamos, niños míos! Menos nervios, menos nervios... Tú, Matilde, procura acomodar tus gustos a los de Carlos, y tú, Carlos, procura disculpar a Matilde cuanto puedas. ¡La han criado tan mal!...

Matilde. ¡Con eso que tú le digas, Abuelo!...

El Abuelo. Ya sabes que si te quiero a ti más que a tus hermanas es porque tienes relaciones con él.

Matilde. ¡Envanécete, chico!

Carlos. Ni aun con esa confesión, que tanto me halaga. No tengo vanidad.

El Abuelo. Temía yo que, como la mayoría de las niñas de ahora, al elegir novio, te enamorases de un tití y no de un hombre. Pero, afortunadamente, en eso al menos, no has demostrado ser una mujer de tu tiempo. Te felicito.

Matilde. ¡Ya estás con tu manía, Abuelo!

El Abuelo. ¡Manía, manía!... Cuéntale a tu novio el cuadrito que hemos visto esta mañana en la Rosaleda.

Matilde. ¡Cuéntaselo tú!

El Abuelo. Una miniatura, una pareja de enamorados de la última hornada, un verdadero cromo para el Pictorial Review. ¡Atiende! Ella, bonita, elegante, distinguida, de aspecto varonil, con traje hechura sastre, botas altas, camisa planchada, cuello duro y corbata, puños almidonados, jipi, un cigarrillo en la boca y en la mano un bastón; y él afeminado, dengoso, almibarado, con pantalón de franela, zapato blanco, calcetines calados, americana entallada, a tablas y con trabilla, camisa de seda con amplio cuello abierto y caído sobre la americana, sin nada a la cabeza, con un bombón en la

boca y en la mano un abanico. ¿Qué tal? ¿Quién es él y quién es ella? A primera vista cualquiera se confunde. Ella tiene mucho de él y él mucho de ella. ¡Dorada juventud de nuestros días, no te envidio!

Matilde. Lo que te digo, Abuelo: que la has tomado con nuestra juventud.

El Abuelo. ¡Piensa cómo será ella para que un viejo no la envidie!

Carlos. Verdad, Abuelo, verdad. Lleva usté razón. *(El abuelo se sienta junto al mirador, de frente al público.)*

Matilde. ¿Que lleva razón? ¿Y lo dices tú, un hombre de hoy?

Carlos. Pero un hombre de hoy tal vez nacido demasiado tarde y que, quizá por ello, no logra encontrarse a gusto en el ambiente en que vive.

Matilde. Puede que estés en lo firme, chico. Siempre me habías tú parecido un poquito rancio. *(Se ríe.)*

Carlos. ¡Sin duda! ¡Y es por eso!

Matilde. Pues es preciso que cambies de modo de pensar si no quieres morirte de asco. Lo del Abuelo se explica porque a sus años es natural que le sorprenda la mudanza de las costumbres, pero en ti, que empiezas a vivir ahora, no se concibe que pretendas oponerte a la corriente de los gustos modernos. ¡O te dejas llevar por ella o vas a pasar muy malos ratos!

Carlos. ¡Ya los paso, ya!

Matilde. *(Con coquetería.)* Porque eres tonto.

Carlos. Y porque me he enamorado de ti.

Matilde. ¿Qué tiene que ver?

Carlos. ¡Más de lo que te figuras!

Matilde. *(Con indiferencia.)* ¡Bueno!

Carlos. Yo sé lo que me digo.

Matilde. ¡Allá tú! *(Pequeña pausa.)*

Carlos. *(Mirando su reloj.)* ¡Madre, las dos!... No puedo entretenerme más tiempo. ¡Hasta luego, Abuelo!

El Abuelo. ¿Te marchas ya?

Carlos. A comer, si usté no dispone otra cosa.

El Abuelo. Puede que cuando concluyas no hayamos empezado nosotros todavía. ¡Qué casita ésta! ¡Quién la vea y quién la vió!...

Carlos. Un poco desordenada sí que anda.

El Abuelo. Con cada pieza por su sitio.

Carlos. *(En son de despedida.)* Matilde...

Matilde. Hasta luego, Carlos.

Carlos. ¿Saldremos esta tarde?

Matilde. No sé. Dependerá de lo que quieran las niñas. Ya te lo diré después.

Carlos. Conforme. Adiós, Matilde.

Matilde. ¡Adiós, Carlos! *(Vase Carlos por el foro derecha.)*

El Abuelo. ¡Las dos y nadie en casa! Tú me dirás si esto es posible.

Matilde. *(Prestando atención a un ruido interior y asomándose al pasillo.)* Me parece que ya está ahí papá. ¡Sí, él es! Ha debido entrar cuando Carlos salía. *(Por el foro derecha aparece DON BUENAVENTURA, hombre de unos cincuenta años, de cara mofletuda y simpática, de carácter abúlico y de finos modales. Viste de chaquet.)* ¡Hola, papá! *(Lo besa.)*

Don Buenaventura. ¡Hola, hija! Buenas tardes, Abuelo.

El Abuelo. ¡Ven con Dios, señor de este castillo encantado!

(Don Buenaventura mira al Abuelo con ánimo de contestarle alguna fresca, pero no se le ocurre nada de momento y opta por volverle la espalda.)

Don Buenaventura. ¿Eh?... ¡Ah! ¡Creía!...

Matilde. ¿Cómo te encuentras, papaíto?

Don Buenaventura. *(Dándose importancia de enfermo.)* Así, asi...

Matilde. ¿No estás mejor?

Don Buenaventura. Así, así...

Matilde. ¿Te ha dolido la cabeza?

Don Buenaventura. ¡Pchs!... ¡Un poco!

El Abuelo. ¡Mentira! ¡Imposible! Pero, ¿cómo va a doler lo que no se tiene? ¡Tú también haces unas preguntas, niña!...

Don Buenaventura. *(Con enojo.)* ¡Abuelo!...

Matilde. *(Con dulzura.)* ¡Abuelo!... No seas cruel. Piensa que está malito. No le dices mas que cosas desagradables...

El Abuelo. ¡A ver si le curo! Ya que vuestros mimos y vuestros cuidados no le alivian, pretendo obrar en su naturaleza como revulsivo. ¡Es una vergüenza verle con esos colores y con esa cara de Pánfilo y estarle oyendo quejarse todo el día!...

Matilde. *(A su padre, impidiéndole que conteste al Abuelo.)* ¡Déjale, déjale!

Don Buenaventura. ¡Abusa de sus años!

El Abuelo. ¿Yo?... ¡Lo que quieras!

Matilde. ¡Déjale! ¿Has trabajado mucho, papá?

Don Buenaventura. He firmado siete expedientes, hija.

Matilde. Pues ya eso es trabajar demasiado. Y tú no estás para meterte en trajines. ¿Por qué no te haces una estampilla?

Don Buenaventura. *(Tomándole la cara a su hija.)* ¡Pobrecita mía, qué buena es y cómo mira por su papaíto!

Matilde. ¡A ver!... Si no son tus hijos los que velen por tu salud, ¿quién va a velar por ella? ¿El que te sigue en el escalafón, que está deseando que te mueras para ascender?

Don Buenaventura. ¡Por Dios, no me hables de la muerte, que me horroriza sólo oírla nombrar!

El Abuelo. ¡Pues aquí no te vas a quedar para simiente de rábanos, digo yo!

Don Buenaventura. Desde luego. ¡Pero me espanta pensar que tengo que morirme!

El Abuelo. *(Sonriéndose.)* ¡Qué hombres! ¿Y esto son hombres? ¡Mujerzuelas! ¡Miedo a la única verdad que hay en la vida!...

Don Buenaventura. ¿Y qué le vamos a hacer?

El Abuelo. ¡Eras tú bueno, entonces, para decir aquello de...

«Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero!»...

Don Buenaventura. ¡Ah! Pero ¿es que ha habido alguien que haya dicho semejante estupidez?

El Abuelo. Santa Teresa, nada más.

Don Buenaventura. *(Santiguándose.)* ¡Jesús! Pues que me perdone la Doctora, pero no estamos de acuerdo. Aparte de que ese es un pensamiento hijo de la época. La vida no tenía alicientes: se viajaba a pie o en burro; no existían los cabarets, ni se habían inventado los aeroplanos, ni se conocían los expresos ni la calefacción central, sobre todo la calefacción central. ¿Qué mucho que la Santa, que vivía en Avila, muertecita de frío, pensase de ese modo? ¡Pero cíteme usté alguno que, en la actualidad, razone de igual forma! ¿A que no? Y es que—para contestarle a usté también en verso—

«En este mundo traidor
nada hay verdad ni mentira,
todo es según el color
del cristal con que se mira.»

¡Y doblemos la hoja, si le parece, caray!

El Abuelo. Por mí...

Don Buenaventura. *(A Matilde.)* Tu madre, ¿no ha venido?

Matilde. Todavía no. Estará en las Damas Catequistas oyendo la conferencia del padre Calasanz.

Don Buenaventura. Es verdad. ¿Y las niñas?

Matilde. Con tía Raquel se fueron a probar el auto.

Don Buenaventura. Total, que de la comida no se sabe nada.

Matilde. Tú, si quieres, puedes comer. Y también el Abuelo.

(Dentro suena el timbre de la puerta del piso.)

Don Buenaventura. Pues sí, vamos a comer, que estoy que me caigo de debilidad.

Matilde. ¡A la mesa, entonces! ¡Anda, Abuelo! Yo misma os serviré. *(Dentro se oyen murmullos de voces femeninas. Matilde se asoma al pasillo.)* ¡A ver!... Las niñas son. ¡Y mamá con ellas! Ya estamos todos. ¡A la mesa, abuelo! *(Le ayuda a levantarse.)*

El Abuelo. ¡Vamos allá!

Don Buenaventura. Esperaremos un poco. Si ya están ahí...

El Abuelo. ¿Vamos o qué?

Don Buenaventura. Esperaremos, ¿no?

El Abuelo. *(Volviendo a sentarse.)* Lo que dispongas. *(Por el foro derecha aparecen DOÑA BERTA, mujer de cuarenta y tantos años, en el ocaso de su belleza; LUCY y REGLA, dos muchachitas alegres, con la alegría de los pocos años, y RAQUEL, una espléndida mujer de treinta abriles. Las cuatro visten elegantes trajes mañaneros, cada cual con arreglo a su edad y condición.)*

Lucy. ¡Hola, papaíto!

Regla. ¡Hola, Abuelo!

Matilde. *(A sus hermanas.)* ¿Habéis ido por mamá?

Lucy. Nos la hemos encontrado a la puerta.

Matilde. ¡Tía Raquel!...

Raquel. ¡Un beso, pitusa! *(Besa a Matilde.)*

Doña Berta. Buenaventura, hijo, ¿qué tal andas?

Don Buenaventura. Desfallecido.

Doña Berta. ¡Pobre! Yo ya estaba volada viendo la hora que era, pero el Padre no acababa nunca. ¡Qué pico tiene! ¡Y las verdades que ha dicho!... Estas conferencias enseñan mucho. ¡Hay que ver cómo ha puesto a esas señoras que se pasan el día en la calle abandonando su casa y sus obligaciones!...

Don Buenaventura. Tú no te habrás dado por aludida.

Doña Berta. ¿Yo?... Afortunadamente tengo a mis hijos criados y el tiempo que estoy fuera de mi casa lo empleo en ejercitar una misión muy alta y muy noble: la de la caridad.

Don Buenaventura. Pues si todas piensan como tú se ha podido ahorrar las conferencias el padre Calasanz.

Doña Berta. ¡No seas patoso, Buenaventura! *(Diri-*

giéndose a su cuñada.) ¿Comerás con nosotros, Raquel?

Raquel. Si me invitáis...

Doña Berta. ¡Mujer!...

Raquel. Pepe vendrá luego a recogerme.

(El Abuelo empieza a dar cabezadas hasta que se queda profundamente dormido.)

Doña Berta. ¿Y qué tal el auto?

Regla. ¡Superior!

Raquel. ¡Que te cuenten tus hijas!

Lucy. ¡Una delicia, mamá!

Doña Berta. ¿Ha dado bien la prueba?

Raquel. Hemos subido al Alto del León en la directa.

Doña Berta. ¡Vaya!

Regla. ¡Es un coche magnífico!

Doña Berta. ¿Y cuánto?...

Raquel. Dieciocho mil pesetas.

Doña Berta. ¡Pues no es caro!

Raquel. ¿Qué ha de ser caro? Veinte mil dió la de Bernardo por un Citroen y ¿dónde va a parar?

Don Buenaventura. ¡Ah! Pero Citroen, ¿es otra marca de automóviles?

Matilde. ¡Claro, papá!

Lucy. ¡Qué preguntas tienes!

Don Buenaventura. ¡Ahora me entero, hijitas! Siempre me había parecido una bebida refrescante. ¡A ver, camarero! ¡A mí, un vermú! ¡A mí, un Citroen! ¡Oiga, camarero! ¡Con seltz! ¡Me luzco si lo pido en la Cervecería!

Raquel. *(Riéndose.)* ¡Qué Buenaventura éste!

Doña Berta. ¡Vive en la luna!

Don Buenaventura. Por eso no dejas tú de sacarme los cuartos.

Doña Berta. ¡Tonto!

Don Buenaventura. Pero, en fin, ¿se come o no se come?

Doña Berta. Se come. Ahora mismo. En cuanto me ponga un poco fresca. ¡Qué día de calor! ¿Habéis visto? Y apenas si ha empezado el verano. Vengo sudando. ¡Andad vosotros al comedor mientras yo me cambio de traje!

Raquel. ¡Quita, mujer! ¡No faltaba más! Te aguardamos.

Doña Berta. No tardo nada. *(A su esposo en tono confidencial, mientras Raquel forma grupo aparte con sus sobrinas.)* Un automóvil como el de tu hermana debías tú comprarnos a nosotros.

Don Buenaventura. ¡Al instante! Como no vamos bastante atropellados desde que nos hemos montado en

este plan de vida, imposible de sostener en nuestra posición, quieres que compre un automóvil para que acabemos de morir aplastados. ¡No, hijita! Bien está San Pedro en Roma.

Doña Berta. *(Imponiéndole silencio a su marido, temerosa de que se entere Raquel de lo que hablan.)* ¡Bueno, calla! No hay por qué dar un cuarto al pregonero. El caso es que siempre tenga yo que aparecer rebajada por mi cuñada. Parece que se complace en achicarnos. ¿Tú no lo ves?

Don Buenaventura. ¡Berta!...

Doña Berta. ¡Que te calles, digo! *(En voz alta a Raquel.)* ¡Al momento salgo! *(Vase por la izquierda.)*

Raquel. *(A sus sobrinas.)* ¿Tenéis plan para esta tarde?

Matilde. Ninguno.

Raquel. Pues si el tío viene temprano podemos ir al Palacio de Hielo.

Lucy. *(Palmoteando de gusto.)* ¡Ay, sí, sí!

Regla. ¡Qué gusto!

Raquel. Y a la noche os convido a cenar en el Ritz.

Regla. *(Saltando de alegría.)* ¡Ole, ole!

Raquel. ¿No habéis comido nunca en el Ritz?

Matilde. Nunca.

Raquel. Pero, hombre, Buenaventura, ¿qué haces con tus hijas que no las has llevado al Ritz?

Don Buenaventura. ¡Qué sé yo! Que no se ha presentado ocasión...

Raquel. Esta noche irán conmigo.

Don Buenaventura. Me parece de perlas.

Raquel. Es víspera de San Juan, hay verbena y cotillón. Bailarán, las presentaré a unos cuantos pollos «bien», se codearán con el gran mundo... ¡Y hasta quién sabe si sacarán novio!

Regla. ¡Ole, ole!

Lucy. ¡Ay, tía Raquel, qué buena eres!

Raquel. ¡Pobrecitas mías! Sin frecuentar los sitios elegantes, ¿quién las va a mirar a la cara? ¡Y con lo bonitas que son!...

Don Buenaventura. No olvides tu, hermana, que el buen paño en el arca se vende.

Raquel. ¡Pero eso es muy antiguo, chico! Ahora hay que sacarlo, airearlo, ponderarlo y hasta darlo más barato de precio. ¡Han cambiado muchos los tiempos, Buenaventura!

Lucy. ¡Di que sí, tita!

Raquel. ¡Pues claro!

Lucy. *(A Matilde.)* ¿Tú vendrás también con nosotras?

Matilde. ¡Anda ésta! ¡Naturalmente!

Raquel. ¡Tendría que ver que se quedara!

Lucy. No, yo lo decía por su novio.

Matilde. Vendrá conmigo.

Lucy. Pero como tú sabes que Carlos es así, tan refractario a estas cosas...

Matilde. Pues que haga lo que guste. Si quiere venir, que venga y si no, que se quede. Yo voy de todos modos.

Raquel. ¡Bien dicho, Matilde! Así me gusta oírte. Y no te creas que perderías nada con romper tus relaciones con ese ingenierillo de mala muerte. Tú puedes y debes aspirar a algo mejor.

Matilde. ¿Verdad que sí?

Raquel. Una cosa tengo que proponerte, Buenaventura.

Don Buenaventura. Tú me dirás, Raquel.

Raquel. Estas niñas necesitan una «carabina».

Regia. ¡Ole, ole!

Don Buenaventura. Eso sí que no, eso sí que no. Armas de fuego en mi casa y en manos de las niñas, de ninguna manera. *(Las niñas se ríen.)*

Raquel. ¡No seas estúpido, hombre! Digo que necesitan una señora que las acompañe al paseo, a los teatros, al cine...

Don Buenaventura. ¡Ah, ya!

Raquel. Y a esa señora, encargada de acompañar a las jóvenes hoy día, se la llama en el argot de sociedad una «carabina».

Don Buenaventura. ¡Muy pintoresco! No sabía yo...

Raquel Como Berta, con sus juntas y sus jubileos no puede ir con ellas a ninguna parte y solas no está bien que salgan las chicas, conviene que tengan su «carabina» correspondiente como todas las pollitas de su edad, y yo, casualmente en esta ocasión, os puedo ofrecer una que ni pintada: doña Berenguela, una señora viuda de un capitán de la marina mercante, persona respetable, que vive en el sótabanco de mi casa y que os podría realizar ese servicio por el módico estipendio de cuarenta pesetas mensuales.

Don Buenaventura. Pero, mujer, si para nosotros es imposible cargar más nuestro presupuesto, si estamos viviendo de la misericordia de Dios...

Raquel. No te tires por el suelo, que no te voy a pedir nada.

Don Buenaventura. ¡Si tú supieras!...

Raquel. ¡Hijo, pero por cuarenta pesetas mensuales no te vas a arruinar!

Matilde. ¡Eso, papá!

Lucy. Y además que todas las muchachas la tienen.

Regla. ¡Anda, papaíto!

Don Buenaventura. ¡Bueno, está bien, que venga la «carabina»!

Regla. ¡Ole, ole!

Matilde. ¡Qué rico es!

Don Buenaventura. El día que no pueda pagar lo que debo recibiré con ella a mis acreedores. ¡Siempre es un recurso tener una «carabina» en casa! ¡Que venga la «carabina»!

(Las tres muchachas rodean al su padre, besándole y prodigándole caricias.)

Regla. ¡Ole, ole!

Lucy. ¡Ay, mi papaíto!

Matilde. ¡No le hay más bueno!

Don Buenaventura. Porque hacéis todos de él lo que os da la gana.

(Por la izquierda sale DOÑA BERTA, con una bata de casa.)

Doña Berta. Pero, ¿qué ocurre? ¿Qué alboroto es éste?

Lucy. Ahora te contaremos, mamá. Tía Raquel nos lleva esta noche al Ritz y nos va a mandar una «carabina».

Doña Berta. ¿Cómo, cómo?

Don Buenaventura. ¡Vamos a la mesa!

Lucy. En la mesa hablaremos.

Don Buenaventura. Al comedor.

Matilde. *(Tocándole a su Abuelo en un hombro.)* ¡Despierta, Abuelo!

El Abuelo. *(Despertándose.)* ¿Eh?

Matilde. ¡Despierta! ¡Anda a comer!

El Abuelo. ¿Llegó la hora, hija?

Matilde. ¡Todo llega, como tú dices!

Don Buenaventura. ¡Al comedor!

El Abuelo. ¡Dios sea loado!

(Salen todos por el foro izquierda animadamente, Matilde llevando del brazo al Abuelo. Larga pausa. Dentro suena el timbre de la puerta del piso. Momentos después aparecen por el foro derecha MARTINA y DON BALTASAR. Este don Baltasar es un señor de más de cuarenta años, atildado y pulcro, de incipiente calva y mirada inquisitiva al través de sus gafas de concha, que, de cuando en cuando, se quita para limpiar los cristales con su pañuelo. Viste correctamente traje de ameri-

cana y en la mano lleva una cartera de piel como las que usan los agentes de Bolsa o los corredores de Comercio.)

Martina. *(Dejando pasar a don Baltasar.)* Pase usté. Voy a avisar al señor. *(Se marcha Martina por el foro izquierda. Don Baltasar suelta la cartera en una silla, se quita las gafas, limpia los cristales y se las vuelve a poner. Por el foro izquierda torna MARTINA.)* El señor está comiendo. Dice que si no quiere usté molestarse esperándole, que haga el favor de indicarme dónde le puede buscar luego.

Don Baltasar. En ninguna parte. Aquí le aguardo; que coma con tranquilidad, que no tengo prisa.

Martina. Perfectamente. *(Se marcha por el foro izquierda. Don Baltasar se entretiene curioseando por la habitación. Dentro suena el timbre de la puerta del piso. A poco aparecen en el pasillo MARTINA y CARLOS.)* ¿No quiere usté pasar? Los señores están en el comedor.

Carlos. Muchas gracias, Martina. Prefiero quedarme aquí·

Martina. Como usté quiera, señorito. *(Vase Martina. Carlos entra en el gabinete, saluda con una inclinación de cabeza a don Baltasar, el cual le corresponde en igual forma; pero, de pronto, Carlos reconoce en don Baltasar a un antiguo amigo y se va hacia él con los brazos abiertos.)*

Carlos. ¡Don Baltasar!

Don Baltasar. ¡Carlitos! ¿Tú? ¡Caramba, qué sorpresa tan agradable!

Carlos. Para mí también.

Don Baltasar. ¿Dónde te metes? ¿Qué es de tu vida? ¡Hace un siglo que no sé de ti! ¿Y tú madre? ¿Y tu hermana?

Carlos. Tan buenas como están.

Don Baltasar. Diréis que soy un descastado; pero, hijo, esta maldita profesión no me deja momento libre que dedicar a los amigos. ¡Todo el día de la Coca a la Meca!... Ya tú sabes lo que es esto por tu pobre padre, que esté en gloria.

Carlos. No tiene usté por qué disculparse, don Baltasar. Usté con nosotros siempre está cumplido.

Don Baltasar. Ya lo sé, Carlitos, ya lo sé; pero aquí no se trata de cumplimientos, sino del gusto que yo hubiera tenido en veros con alguna más frecuencia. Cuéntame, hombre. ¿Qué habéis hecho? ¿Qué es de vosotros? ¿Adónde vivís?

Carlos. Aquí, don Baltasar.

Don Baltasar. ¿Aquí?

Carlos. En el piso tercero, que es quinto, pero que, como hay ascensor, no fatiga la escalera, tiene usté su casa.

Don Baltasar. Pues ahora sí que no me privo del placer de saludar a tu madre. ¡Pobre! Como acabe con tiempo el asunto que aquí me trae, he de subir a darle un abrazo.

Carlos. ¡Mucho que se alegrará de verle!

Don Baltasar. ¿Y Amalita?

Carlos. Con mamá.

Don Baltasar. ¿Tiene novio?

Carlos. No, señor; ni esperanza. Apenas si sale a la calle. Siempre en casa con mamá, ayudándola y cuidándola, la infeliz no va a ninguna parte. Y eso que yo le insto cuando puedo para que me acompañe alguna vez al teatro o al cine; pero ella, por no dejar sola a mamá...

Don Baltasar. ¡Buena niña, buena niña! Siempre fué muy buena niña.

Carlos. ¡Calcule usted! Acostumbrada a una vida mejor, la muerte de papá, dejándonos con la noche y el día, fué un momento difícil para ella y para todos; pero en seguida se hizo cargo, y, con un temple de espíritu digno de admiración, se acomodó a carecer hasta de lo más indispensable, sin una queja, sin una protesta...

Don Baltasar. ¡Buena niña, buena niña!

Carlos. De lo que no abunda, don Baltasar.

Don Baltasar. Pero, bueno, ¿qué? ¿Vosotros resolvisteis vuestra situación?

Carlos. Con la ayuda de Dios, sí, señor; pudimos salir adelante.

Don Baltasar. Más vale así. ¿Tú terminaste tu carrera?

Raquel. A fuerza de trabajos y de privaciones.

Don Baltasar. Y ahora, ¿qué?

Carlos. Pues que he tenido la fortuna de colocarme al frente de una Fábrica de Cementos, donde me pagan doce mil pesetas anuales.

Don Baltasar. ¡Caramba! ¡Doce mil pesetas! Esas ya son palabras mayores.

Carlos. Además tengo una participación en los beneficios del negocio, que, dicho sea en buena hora, marcha espléndidamente. No me puedo quejar. Después de la borrasca el horizonte se ha aclarado y me cabe la satisfacción de haber levantado mi casa de nuevo, colocándola en igual estado que cuando vivía mi padre.

Don Baltasar. Eso está bien, Carlitos. Eso está bien. Dios protege a los buenos.

Carlos. Yo no sé si soy bueno; lo que sé es que a

mí me ha protegido. ¡Las gracias que tengo que darle!...

Don Baltasar. ¡Bien, muchacho! *(Pequeña pausa.)* ¿Y a qué vienes aquí?

Carlos. Lo mismo iba yo a preguntarle ahora. Pues vengo aquí a ver a mi novia.

Don Baltasar. ¿Le hablas a una de las hijas de Collado?

Carlos. A Matilde, la mayor. *(Don Baltasar hace un gesto de desagrado instintivo, que Carlos advierte.)* ¿Qué pasa? ¿Tuerce usté el gesto?

Don Baltasar. *(Tratando de disimular.)* ¡No, hijo! ¡Líbreme Dios!

Carlos. ¿Es que sabe usté algo de esta familia?

Don Baltasar. ¡Que no, criatura!

Carlos. Me había parecido notar en usté cierto movimiento de desagrado...

Don Baltasar. *(Procediendo a impulsos de su conciencia, después de un brevísimo titubeo espiritual.)* Tú dime una cosa. Al casarte, ¿pretendes realizar un matrimonio de conveniencia?

Carlos. *(Sonriéndose.)* Nada de eso. Bien me conoce usté que no soy hombre de cálculo. Estoy enamorado de Matilde y poco me importa su fortuna, si la tiene; al contrario.

Don Baltasar. En ese caso huelga la advertencia que iba a hacerte.

Carlos. ¿Cuál?

Don Baltasar. La de que esta familia no tiene ni un botón; todo es apariencia y fachada y deben... ¡hasta la respiración!

Carlos. Tampoco sabía yo eso, don Baltasar. Es más, tenía entendido que, sin ser ricos, gozaban de una posición desahogada...

Don Baltasar. Eso era antes.

Carlos. ¿Cómo?

Don Baltasar. Te explicaré. ¿Tú cuánto tiempo hace que tienes relaciones con la chica?

Carlos. Un año hará aproximadamente.

Don Baltasar. Pues ya, entonces, no tenían un cuarto. Verás. Y conste que te hablo con esta claridad por el cariño que te tengo y por la confianza que me inspiras, que yo no estoy autorizado para publicar secretos que se me confían...

Carlos. *(Interesado.)* Dígame usté, dígame usté.

Don Baltasar. Este futuro suegro tuyo, don Buenaventura Collado, persona bellísima y honorable por todos conceptos, es un hombre sin voluntad ni acción, dominado por su mujer y por sus hijos; un ser de esos que

van donde lo lleven, aun cuando lo lleven al patíbulo; no es capaz de protestar ni de oponerse a nada. Como ocupa un puesto de relativa importancia en el Ministerio del Trabajo—jefe de Sección, diez mil pesetas con descuento—, y su cuñado, Pepe Gutiérrez, el marido de su hermana, ha gozado siempre de cierta influencia política—ahora es subsecretario de Hacienda—, con motivo de la guerra y cuando aquello de la prohibición de las exportaciones, hicieron ambos de común acuerdo, unos cuantos negocios que le valieron a don Buenaventura unos miles de pesetas. El hombre, o mejor dicho, su mujer, o mejor aún, la familia en pleno, creyendo que la guerra no se iba a acabar nunca, se montó en un plan de vida imposible de sostener. Concluyó la guerra y sujetos de nuevo al mísero sueldo de don Buenaventura—¿qué son diez mil pesetas en estos tiempos?—, antes que resignarse, como vosotros a la muerte de vuestro padre, a bajar de plano, empezaron por hipotecar y luego por vender unas finquitas que Collado tenía en Murcia y por firmar letras y pagarés a mansalva y ¿qué te voy a contar? ¡La ruina, hijo, la ruina! Precisamente ahora vengo a darle a don Buenaventura una mala noticia. Tiene firmadas y negociadas en el Banco Español de Crédito unas letras a pagar cinco mil pesetas trimestrales; la correspondiente a este vencimiento no la ha podido recoger y me había suplicado que yo, dada la amistad que me une con el Director del Banco, le pidiese una prórroga; pero el Director me ha dicho que, con harto sentimiento, no me puede complacer, y aquí me tienes a decirle a este pobre hombre que o la paga o se la protestan. Y pagarla no la puede pagar; me consta.

Carlos. ¡Vaya por Dios! Crea usté que me apena saber cuanto he sabido.

Don Baltasar. ¿Qué quieres, hijo? Este Madrid está lleno de casos por el orden. Se vive una vida ficticia y aparente; pero en el fondo de cada casa hay una tragedia.

Carlos. ¡Pobre don Buenaventura! ¿Y dice usté que son cinco mil pesetas el importe de la letra?

Don Baltasar. ¡Mil duritos, hijo, mil duritos!

Carlos. Pues óigame usté, don Baltasar; si el padre de mi novia no puede pagar esa suma, antes de que protesten la letra véame usté a mí. Yo le daré ese dinero.

Don Baltasar. ¡Muchacho! ¿Tú?

Carlos. Pero sin que nadie se entere. ¡Ni el mismo interesado!

Don Baltasar. ¡Vamos, tontito! ¿A qué vas tú a meterte...? ¡Anda y que cada palo aguante su vela!

Carlos. No, don Baltasar. Yo estoy en el deber, por cariño a Matilde, de salvar a su padre en lo que mis fuerzas alcancen y, afortunadamente, puedo disponer, sin perjuicio para los míos, de esa cantidad. Véame usté antes de que protesten la letra.

Don Baltasar. ¡Pero, Carlitos!...

Carlos. ¡Véame usté!

Don Baltasar. Ya estoy arrepentido de lo que te he dicho.

Carlos. Y yo, en cambio, agradecido a usté por la franqueza con que me ha hablado.

Don Baltasar. ¡Mira que tú pagando!... ¡Guarda ese dinero o gástatelo, pero no seas chiquillo empleándolo en quien ni te lo ha de agradecer!

Carlos. No me importa.

Don Baltasar. ¡Vamos, hombre!

Carlos. Es un favor, don Baltasar. Créame usté.

Don Baltasar. Bueno, bueno. Te pones tan serio...

Carlos. Usté ya sabe: si don Buenaventura no puede abonar las cinco mil pesetas...

Don Baltasar. Las abonas tú. Estamos de acuerdo.

Carlos. Y ni la tierra, don Baltasar. ¡Que nadie sepa esto!

Don Baltasar. Descuida.

Carlos. *(Asomándose al foro.)* ¡Aquí llega él!

Don Baltasar. ¡Siempre se le aparece la madre de Dios a los pastores!

(Por el foro entra DON BUENAVENTURA.)

Don Buenaventura. Perdone usté, amigo don Baltasar; pero me cogió usté empezando a comer...

Don Baltasar. ¿Y ha terminado?...

Don Buenaventura. Yo termino en seguida. ¿No ve usté que estoy a régimen? *(Pequeña pausa.)* Carlitos, ¿por qué no pasas al comedor?

Carlos. Con mucho gusto. *(Dándole la mano a don Baltasar.)* Don Baltasar...

Don Baltasar. ¡Adiós, muchacho! Ya nos veremos.

Carlos. ¡En eso confío! *(Vase por el foro.)*

Don Buenaventura. ¿Se conocían ustedes?

Don Baltasar. Hace mucho tiempo.

Don Buenaventura. Verdad que su padre fué también agente de Bolsa, como usté. *(Invitándole a sentarse y sentándose él al mismo tiempo.)* ¿Y qué hay de lo nuestro, don Baltasar?

Don Baltasar. Malas nuevas, don Buenaventura.

Don Buenaventura. ¿El Director?...

Don Baltasar. Se niega á conceder la prórroga so pretexto de que sería sentar un precedente funesto para la marcha administrativa de la entidad.

Don Buenaventura. Y en ese caso...

Don Baltasar. No hay más que pagar, don Buenaventura.

Don Buenaventura. ¿Y cómo, si no tengo un céntimo disponible?

Don Baltasar. ¡Pues usté verá! Yo ya he puesto cuanto estaba de mi parte.

Don Buenaventura. *(Después de un momento de meditación.)* ¡Qué complicación! Porque yo, contando con la prórroga, no me he preocupado...

Don Baltasar. ¡Mal hecho, don Buenaventura! Ya le dije a usté que no se descuidara, que lo de la prórroga lo juzgaba muy difícil...

Don Buenaventura. Sí, sí; pero, sin embargo, yo confiaba en que el Director, siendo cosa que usté le pedía... ¡Qué contrariedad, caray, qué contrariedad! *(Pausa.)*

Don Baltasar. ¿Por qué no ve usté a Urrutia?...

Don Buenaventura. No, quite usté, de ningún modo. Bastante hizo con firmar conmigo las letras, avalando mi nombre, para que yo ahora... ¡De ninguna manera! *(Pausa.)*

Don Baltasar. Y su cuñado de usté, Pepe Gutiérrez, ¿no podría?... El está ahora en alza. Y tampoco se trata de ninguna cantidad extraordinaria. Cinco mil pesetas las tiene cualquiera...

Don Buenaventura. Pero no para darlas a otro. Además, mi cuñado es hombre sórdido, agarrado... ¡Usted le conoce! A pesar de ello, lleva usté razón. No tendré más remedio que acudir a él si no quiero dar la campanada que me hunda por completo.

Don Baltasar. ¡Pues está claro! La familia tiene cierta obligación moral de ayudarse mutuamente. Hoy por ti y mañana por mí. Y antes que echar faltas a la calle...

Don Buenaventura. Verdad, verdad. Eso haré Y si me falla... ¡Ya veremos! Hasta pasado mañana hay tiempo, ¿no es esto, don Baltasar?...

Don Baltasar. Eso mismo. Hasta pasado mañana a las doce del día...

Don Buenaventura. Perfectamente. Pues ya buscaremos el medio de solucionar el conflicto. De todas formas, muchas gracias a usté por el interés que se ha tomado...

Don Baltasar. *(Levantándose.)* ¡Por Dios! ¡Ni ha-

blar, don Buenaventura! Yo lo que siento es que mis gestiones no hayan dado el resultado apetecido.

Don Buenaventura. ¿Qué se le va a hacer? Paciencia.

Don Baltasar. ¿Manda usté algo más, señor Collado?

Don Buenaventura. Usté deje mandado, amigo Vélez.

Don Baltasar. *(Dándole la mano.)* Hasta más ver.

Don Buenaventura. A sus órdenes. *(Don Baltasar va a marcharse por el foro izquierda y don Buenaventura le marca la salida por el foro derecha.)* Por aquí.

Don Baltasar. ¡Ah! Perdón.

Don Buenaventura. *(Saliendo con él.)* Le acompaño.

Don Baltasar. Pero, ¿por qué se va usté a molestar?

Don Buenaventura. ¡No faltaba otra cosa!

Don Baltasar. ¡Obligadísimo! *(Se van los dos por el foro derecha. A poco entra por el foro izquierda DOÑA BERTA, y luego, por el foro derecha, DON BUENAVENTURA.)*

Doña Berta. ¿Qué te ha dicho Vélez?

Don Buenaventura. Lo peor: que el Director no acepta la prórroga.

Doña Berta. ¿Que no la acepta?

Don Buenaventura. Y que hay que recoger la letra antes de las doce del día de pasado mañana.

Doña Berta. ¡Desengáñate, Buenaventura; eso es que Vélez no ha puesto en ello el interés que esperábamos! ¿Cómo va el Director del Banco a negarle a Vélez...? Vélez, como todos los que envidian la posición en que te has colocado, procuran ahora, que te ven un poco caído, hundirte y triturarte. ¡Por eso no hay una mano que te ayude!

Don Buenaventura. No, mujer; no empieces como siempre a salirte de la realidad. Vélez es un amigo que ha procurado servirnos en cuantas ocasiones hemos acudido a él. Si ahora no nos sirve, ¿por qué dudar de su amistad ni de su buen deseo? ¡Hay que ser justos!

Doña Berta. Y bien que seamos justos; la letra, ¿quién la paga?

Don Buenaventura. Nosotros.

Doña Berta. ¿Y cómo?

Don Buenaventura. Pidiéndole prestadas las cinco mil pesetas a Pepe Gutiérrez.

Doña Berta. ¡Jamás! No te lo consiento, Buenaventura.

Don Buenaventura. Pues hija, no hay otro recurso.

Doña Berta. ¿Aparecer yo a los ojos de mi cuñada mendigándole unas pesetas? ¡Ni lo sueñes!

Don Buenaventura. Si no eres tú quien mendiga nada, mujer; soy yo quien las pide

Doña Berta. Es igual; no te lo permito. Tendríamos un disgusto muy gordo.

Don Buenaventura. Pues tú dirás qué hacemos.

Doña Berta. Se me ocurre un ardid. Diles a tus hermanos que es Urrutia quien no puede pagar, y que teniendo tú avalada su firma, tienes que pagar por él; pero que habiéndote cogido desprevenido el caso, les ruegas que te adelanten los mil duros, que tú les devolverás tan pronto como cortes el cupón a primeros de julio.

Don Buenaventura. Pero ¿qué cupón?

Doña Berta. ¡Tú les dices eso! Y así nuestro amor propio no padece.

Don Buenaventura. ¿Y cómo van a creer que Urrutia, que tiene millones, no puede pagar una letra de cinco mil pesetas? Es pueril el pretexto. ¿No se te alcanza?

Doña Berta. Tú déjame a mí, que ya verás qué bien lo arreglo. ¡Estos hombres!... Si no fuera por sus mujeres, ¿qué sería de ellos? *(Viendo aparecer por el foro a RAQUEL y a PEPE GUTIERREZ.)* ¡Pepe!

(Pepe Gutiérrez es un hombre de cuarenta años, bajo, rechoncho, de barba negra, muy cuidada, y ojos de águila. Viste de chaquet.)

Pepe. ¡Hola, muchachos!

Don Buenaventura. ¿A quién te refieres?

Pepe. A vosotros.

Don Buenaventura. ¿Y nos llamas muchachos? ¡Que Dios te conserve la vista!

Doña Berta. *(A Pepe.)* ¿Cuándo has venido?

Raquel. Ahora acaba de llegar.

Doña Berta. Precisamente en este momento estábamos pensando en vosotros.

Pepe. ¿En nosotros?

Raquel. ¿Y por qué?

Doña Berta. *(A Raquel.)* Este hombre, tu hermano, a quien le pasa lo que no le pasa a nadie.

Pepe. ¡A ver! Cuenta.

Raquel. ¿Qué le pasa?

Doña Berta. Hace unos meses, un amigo suyo, Urrutia, a quien no sé si conoceréis, estaba en un apuro y le pidió que firmara con él unas letras que el tal Urrutia negoció en el Banco Español de Crédito; y ahora se encuentra con que Urrutia no tiene dinero para pagar de momento la letra que vence pasado mañana, y le exigen a Buenaventura que la pague él. ¡Figuraos! No es que sea mucha la cantidad, cinco mil pesetas; pero nosotros, hasta no cobrar el cupón a primeros del que viene, no

disponemos de esa suma. Y le estaba yo diciendo a Buenaventura: No te apures, hombre, que tus hermanos te adelanten esa insignificancia por los días que quedan hasta primeros de mes, y luego tú se la devuelves.

Raquel. ¡Pues es claro! ¿Verdad, Pepe?

Pepe. Pero, ¡qué tontería! Si no hay ni que llegar a eso. ¿Dónde está la letra? ¿En el Español de Crédito? El Director es íntimo amigo mío; yo le hablaré y allí te la reservarán hasta que tú la recojas. ¡No faltaba más! ¿Y eso te apura? ¡Animo, hombre!

Doña Berta. No, verás, es que éste quería no pedir el favor, sino pagar y asunto terminado

Pepe. ¡Pero si es lo mismo, Berta!

Raquel. Cuando Pepe lo dice...

Don Buenaventura. *(En voz baja a su mujer.)* ¿Lo estás viendo, mujer?

Doña Berta. *(En voz baja a su marido.)* ¡Sí, hijo, sí!

Don Buenaventura. (¡Que Pepe no aflojaba la mosca era histórico!)

Doña Berta. (¡Qué avaricia de hombre!)

Pepe. Con que hablemos de otra cosa, que eso ya está resuelto. ¿Y las mocosas?

Raquel. Allí están en el comedor, locas de alegría, porque las he ofrecido llevarlas esta noche a la verbena del Ritz.

Pepe. Bien pensado.

Raquel. ¿Tú podrás ir con nosotras?

Pepe. Procuraré ir; pero si no voy porque me necesite el Ministro para ultimar lo de los Presupuestos, ya apareceré antes de que se acabe la fiesta a recogeros. ¡Ah! Y se me olvidaba lo mejor. *(Dirigiéndose a doña Berta y a don Buenaventura.)* ¡Que sea enhorabuena!

Doña Berta. Enhorabuena, ¿por qué?

Pepe. ¿Por qué ha de ser? ¡Por lo del chico! Pero, ¿no sabéis?... Acabo de leer en los transparentes de «La Correspondencia» el triunfo que ha obtenido en San Sebastián.

Don Buenaventura. ¡Ah! ¿Sí?

Pepe. ¡Una cosa enorme! De cuatro «goals» ha metido tres él solito. ¡Le han sacado en hombros del campo!

Raquel. Pero, ¿les han ganado a los italianos?

Pepe. Por cuatro a cero.

Doña Berta. ¡Hijo de mi alma!

Don Buenaventura. ¡Hijo de mi corazón!

Pepe. ¡Era mucho el equipo de selección de los españoles!

Raquel. Y nuestro sobrino, el mejor delantero centro que hay en el mundo!

Don Buenaventura. ¡Hijo de mi vida!

Doña Berta. Pero, ¿por qué no nos habrá puesto un telegrama? ¡Tanto como se lo encargamos!

Pepe. ¡Que no habrá llegado todavía, mujer! ¿Cómo iba el muchacho a no haceros partícipes de su victoria?

Don Buenaventura. ¡Es formidable este Juanillo, formidable!

Pepe. ¡Y luego te quejas tú de que no estudia! ¡Ni falta que le hace!

Don Buenaventura. ¡Hombre, te diré!...

Pepe. ¡Chico porvenir tiene con el fútbol! ¡Tú déjale! No hay que contrariar las vocaciones.

Doña Berta. ¡La alegría que van a llevar sus hermanas cuando lo sepan! *(Asomándose al foro.)* ¡Niñas! ¡Matilde! ¡Lucy! ¡Regla! ¡Venid!

(Por el foro entran atropelladamente LUCY y REGLA, después MATILDE y CARLOS, este último sombrío y triste.)

Lucy. ¿Qué pasa?

Regla. ¿Qué ocurre?

Doña Berta. ¡Juanito!

Lucy. ¿Qué?

Doña Berta. ¡Que ha ganado el partido! ¡Cuatro a cero!

Lucy. ¿Es posible?

Regla. ¡Ole, ole!

(Lucy y Regla saltan y dan gritos de alegría.)

Lucy. ¡Viva Juanito!

Regla. ¡Viva el Athletic!

Lucy. ¡Viva!

Regla. ¡Viva!

Lucy. ¡Vamos a decírselo al Abuelo para que rabie!

Regla. ¡Viva Juanito!

Lucy. ¡Viva el Athletic!

Regla. ¡Viva! *(Y salen de estampía por el foro Lucy y Regla.)*

Pepe. Pero, ¡qué locas! ¡Ni me han visto siquiera!

Doña Berta. ¡Vamos con ellas, vamos con ellas! ¡Habrá que oír al Abuelo!

Raquel. ¡Vamos!

Pepe. ¡Vamos!

Don Buenaventura. ¡Hijo mío! *(Besando al aire.)* Chas, chas. ¡Dos besos! ¡Te los has ganado!

(Salen todos por el foro, menos Matilde y Carlos. Ambos se sientan lejos el uno del otro. Hay una larga pausa, durante la cual los dos permanecen abstraídos. Por último, Carlos se levanta de su asiento y se dirige a Matilde.)

Carlos. Bueno, ¿qué? ¿Decididamente vas al Ritz?

Matilde. Sí, Carlos, sí, decididamente; ya te lo he dicho. Yo siento que te disgustes; pero porque tú seas un hurón, enemigo de todo trato social, ya comprenderás que yo no voy a aislarme ni a encerrarme entre estas cuatro paredes. Me gusta el mundo, me gusta divertirme, y para una vez que se me presenta una ocasión de conocer una cosa que no conozco, ya te harás cargo de que no la voy a desperdiciar. Además de que tú puedes venir conmigo. Es un capricho tonto que te niegues. En la vida no se puede ser así, tan espinoso como eres tú. ¿Qué dirían mis tíos si supieran que yo me privaba de acompañarles porque tú te oponías? Dirían que eras un ridículo y un hombre oscuro, y tendrían razón. Piénsalo.

Carlos. Yo no tengo nada que pensar, Matilde. Para negarme a ir contigo al Ritz esta noche me sobran razones que ofrecerte. Una de ellas es que mi posición no me permite alternar en ese mundo elegante al cual quieres llevarme; otra, que la que va a ser mi mujer no quiero yo que pise ciertos sitios.

Matilde. ¡Chico, eres un cursi! ¡Mira que la salida!... ¿Me van a comer, me van a matar?

Carlos. Por última vez, Matilde, te suplico que me hagas caso y que desistas de tu empeño.

Matilde. Y yo te contesto que no.

Carlos. ¿Tú ya sabes que si vas nuestras relaciones han terminado por completo?

Matilde. Me importa poco. Siempre será un pretexto que tú busques para acabar: nunca una razón.

Carlos. ¡Ah! ¿De modo que no es una razón el que yo no quiera que nadie, con achaque de sacarte a bailar, ponga su cara junto a la tuya y te estreche en sus brazos? ¿No es una razón?

Matilde. Pero ¿es por eso? *(Se ríe.)* ¡Chico, qué fantoche eres! Me das risa. ¡Vaya una preocupación necia! ¡Bailar! ¡A ver si te crees que no he bailado antes de conocerte! ¡No, hijo! ¡Muchas veces! Y aquí me tienes. Pues ¿qué te pensabas? *(Vuelve a reirse.)* Cuando yo digo que eres el hombre de la montaña... *(Se ríe otra vez.)*

Carlos. ¡Matilde!...

Matilde. *(Acercándose a él mimosamente.)* ¡No seas panoli, chiquillo! En tu casa te han imbuído unas ideas que ya no se estilan.

Carlos. Podrá ser; pero en ellas me he criado y en ellas he vivido. Y al enamorarme de ti soñaba con que tú fueras como es mi madre...

Matilde. ¡Jesús!

Carlos. Como es mi hermana, como son y han sido siempre las mujeres: prendas del hogar y paz de las familias, no muñecas de exposición callejera. ¿Me entiendes, Matilde? Piensa que en ti he puesto cuanto de más sagrado y noble hay en mis afectos; que te quiero buena, humilde, sencilla, esclava de tu deber y adorno de mi casa, madre de mis hijos y alegría de mis ojos. ¿Cómo quieres que me conforme, habiéndote colocado tan alta en mi pensamiento, con verte frívola, casquivana, indiferente, calculadora y altiva? ¡No, Matilde! Si no has de variar, si mi cariño no ha de servir de freno a tus delirios de grandeza, quede todo aquí y emprendamos los dos una nueva vida.

Matilde. Pues quede todo aquí, Carlos, si así lo deseas. Antes de continuar con esta lucha, preferible es que cada cual siga su camino. Tú por el tuyo, yo por el mío. ¡Mejor será!

Carlos. Luego declaras que no me quieres, que nunca me has querido.

Matilde. Declaro que no estoy dispuesta, ni por ti ni por nadie, a truncar mis aspiraciones.

Carlos. *(Con un gran desaliento.)* Está bien, Matilde. ¡Quede todo aquí! *(Breve pausa.)* Sólo te ruego que esta separación espiritual sea exclusivamente nuestra, que no trascienda a las familias, que me permitas seguir viniendo a tu casa como si nada hubiera ocurrido entre nosotros. ¿Quieres?

Matilde. ¿Por qué no?

Carlos. Será el último favor que agradecerte. Yo soy hombre de hondos sentimientos; no me podría acostumbrar ya a dejar de veros, a discutir con el Abuelo, a fumarme el cigarrillo con tu padre después de comer...

Matilde. Ven cuando quieras. ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

Carlos. Gracias, Matilde. *(Vacilante.)* ¡Y adiós!

Matilde. *(Con naturalidad.)* ¡Adiós!

(Carlos duda todavía un instante antes de marcharse. Ella está vuelta de espaldas a él, indiferente a todo. Carlos, viendo que ella nada le dice, sale por el foro derecha después de lanzar un hondo suspiro. Por el foro izquierda llegan alegremente LUCY y REGLA.)

Lucy. ¡Matilde!

Regla. ¡Matilde!

Lucy. ¡Anda, mujer!

Regla. ¡Que tenemos que vestirnos!

Lucy. ¡Que vamos al Palacio de Hielo!

Regla. ¿Qué vestido te vas a poner?

Matilde. ¿Y tú?

Regla. Yo el de gasa.

Lucy. No, mujer. ¿El de gasa para ir al Palacio de Hielo?

Regla. ¿Cuál, entonces?

Matilde. Ponte el azul o ponte el de los encajes: mejor irás.

Lucy. ¿Y tú, Matilde?

Matilde. Pues yo...

(Por el foro derecha entra EL ABUELO.)

El Abuelo. ¡Matilde! ¡Matilde! ¿Qué le pasa a Carlos, que va llorando?

Matilde. ¿Llorando? ¡Qué sé yo! Le habrá entrado polvo en un ojo. *(Lucy, Matilde y Regla sueltan la carcajada.)* ¡Qué cosas pregunta el Abuelo!

El Abuelo. ¡Matilde!

Matilde. ¡Déjanos ahora!

Lucy. ¿Habéis reñido?

Matilde. *(Con absoluta indiferencia.)* ¡Bah! Yo me pondré el malva y a la noche el gris. Y tú, Lucy, debes llevar el de topo.

Lucy. ¿El de topo? ¡Está muy anticuado!

Matilde. Pruébate el mío de las blondas.

Lucy. ¿Me estará bien?

Regla. ¡Ay, chicas, qué gusto! ¡Al Ritz!

Lucy. ¡Y al Palacio de Hielo!

Matilde. ¡Esta es la vida!

(Mientras las muchachas hacen estos comentarios, el Abuelo las mira con tristeza. Y cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. En algunos pequeños detalles, tales como la colocación de cojines en los asientos, el aportamiento al gabinete de una lujosa lámpara de pie y de un rico tapiz, ha de notarse que la familia Collado ha hecho un nuevo esfuerzo por aperentar más lo que no es. El balcón está abierto y las luces encendidas. Comienza la acción de este acto en las primeras horas de una noche calurosa de finales de Julio.

(Al levantarse el telón aparece en escena, sentada en una butaca y haciendo labor de gancho, DOÑA BERENGUELA, la «carabina» recomendada por Raquel. Es doña Berenguela una señora de cincuenta años, menudita y simpática, que viste hábito de la Virgen del Carmen y usa gafas negras. A poco sale por la izquierda MARTINA, camino del foro; al ver a doña Berenguela se detiene.)

Martina. Pero, doña Berenguela, ¿está usté haciendo labor de noche? ¡Luego dice usté que no ve!

Doña Berenguela. ¡Es que veo, Martina! ¡Veo!

Martina. ¿Qué ve usté?

Doña Berenguela. ¡Más que tú y más que siete! Ahora que estamos solas te lo puedo decir. ¡Soy un lince! Mi único orgullo es la vista. A un kilómetro, descubro un grano de cebada.

Martina. Pues ¿y entonces?...

Doña Berenguela. ¡Ahí tienes, hija! La necesidad me ha obligado a fingirme ciega para poder comer.

Martina. ¿Y eso?

Doña Berenguela. Desde que murió mi pobrecito Nepomuceno y hube de dedicarme a este ingrato oficio de acompañar señoritas, me han echado de tres casas por el defecto de la vista.

Martina. Pero, ¿no dice usted que ve?

Doña Berenguela. Pues por eso, por ver demasiado. Y es lo que yo me dije: Berenguela, si quieres ganarte la vida de señora de compañía tienes que renunciar a lo que siempre ha sido tu orgullo, a esta vista de águila que Dios te ha dado. Y me compré estas gafas negras y empecé a decir a todo el mundo que no veía, y, desde ese momento, gracias a Dios, no me ha faltado trabajo.

Martina. ¡Hay que ver!

Doña Berenguela. ¡No, hija, hay que no ver!

Martina. Digo que hay que ver cómo está el mundo.

Doña Berenguela. ¡Ah, eso sí! Perdido, perdido totalmente. ¡Cuidado, Martina, que vas a pisar una cuenta!

Martina. *(Mirando al suelo.)* ¿Dónde?

Doña Berenguela. Ahí.

Martina. *(Buscando por el suelo.)* ¿Dónde?

Doña Berenguela. *(Agachándose, recogiéndola y enseñándosela a Martina.)* Aquí, mujer. ¿No la ves?

Martina. *(Asombrada.)* ¡Gachó, sí que es vista! Así que usté, a pesar de las gafas...

Doña Berenguela. Veo como siempre. Y tengo que hacer cada esfuerzo por no descubrirme...

Martina. Lo creo. ¡Ya es un martirio!

Doña Berenguela. ¡Para mí, el mayor!

Martina. Y dígame usté, con las señoritas de esta casa ¿también tiene usté que hacerse la miope?

Doña Berenguela. ¡También, hija! Puesta a no ver, yo no veo nada aunque me lo pongan delante de los ojos.

Martina. ¡Es usté un hacha, doña Berenguela!

Doña Berenguela. ¿Cómo?

Martina. Quiero decir que el que a usté se la dé ya ha de tener pupila.

Doña Berenguela. ¡Figúrate! Habría de ser un prismático, y con todo y con eso... ¡Quién sabe!

Martina. *(Riéndose.)* ¡Qué graciosa!

Doña Berenguela. Bueno, bueno, no te entretengas aquí de charla conmigo, no te vayan a echar de menos los señores.

Martina. ¡Pero si están comiendo!

Doña Berenguela. ¿Todavía?

Martina. ¡Anda! No se preocupe usté por eso.

Doña Berenguela. Yo es que no quiero, si nos ven aquí a las dos, que se figuren que les estamos sacando las tiras de pellejo; que a mí no me gusta murmurar y menos de quien me da de comer.

Martina. ¡Ni a mí tampoco, doña Berenguela!

Doña Berenguela. ¡Es una máxima que me llevo!

Martina. Pero ¿estamos murmurando nosotras?

Doña Berenguela. No, hija. ¡Y Dios nos libre!

Martina. ¡Y mire usté que si quisiéramos tendríamos tela cortada para un rato!

Doña Berenguela. ¿Qué me dices, Martina?

Martina. Pero ¿usté no sabe?...

Doña Berenguela. A mí me han contado que los señores andan así, por lo medianillo, y que no tienen una peseta.

Martina. ¡Pero ni una, doña Berenguela! Quien está bien enterada soy yo, que doy la cara a todo el que llega aquí con una factura. No le pagan a nadie; deben al tapicero, a la modista, al mueblista, al zapatero... En fin, la cuenta del Ultramarinos pasa de dos mil pesetas...

Doña Berenguela. ¡Jesús! Pero, ¿cómo puede vivir esta gente?

Martina. Al fiao, trampa adelante...

Doña Berenguela. Yo, hija, me hago cruces.

Martina. ¿Y quién no, doña Berenguela? ¡Pero así es el mundo! Usté ya ve cómo van las señoritas; ellas vestidos caros, zapatos caros, sombreros de treinta duros para arriba, medias de seda... ¡El delirio! ¡Pues todo como si se lo regalaran!

Doña Berenguela. ¡Bien mirado, es una suerte dar con tantos primos!

Martina. ¡Calcule usté! Y esto ha sido aquí siempre por lo visto; pero de un mes a esta parte, desde que la señorita Raquel los ha lanzao al gran mundo y han empezao a venir a visitarlos señoritos «bien» de esos que para ellas todo es bestial, y alguno como el señor Bandera ha picao con la señorita Lucy, es el acabóse. Por supuesto, si hasta el señor, que ha sido siempre el más ordenao de la casa, no es conocido ahora.

Doña Berenguela. ¿Es posible?

Martina. Sí, señora. Como acompaña a la familia a los bailes y se acuesta a las tres, pues la mitad de los días no va a la oficina, y el frac no se lo quita ni para afeitarse y alguna vez, como la otra tarde, se lo encuentra usté en el pasillo, a él solo, ensayando el paso del camello.

Doña Berenguela. ¿Al señor, Martina?

Martina. Al señor, doña Berenguela. Como que le digo a usté que esto no es casa, esto es una jaula de locos.

Doña Berenguela. Bien, bien. ¡Vete, Martina, vete, que pueden venir y creerse que les estamos criticando.

Martina. ¿Y les estamos criticando?

Doña Berenguela. No, hija; pero lo pueden creer.

Martina. Estamos diciendo la verdad.

Doña Berenguela. Anda, anda, que siento pasos.

Martina. *(Acercándose a doña Berenguela y en tono confidencial.)* ¿A usté le han pagao este mes?

Doña Berenguela. A mí, sí.

Martina. Pues a mí ni éste ni el pasao. Y la señora me ha dicho que me va a sacar una cartilla del Ahorro Postal. ¡Mire usté a mí una cartilla!

Doña Berenguela. Anda, Martina, anda.

Martina. ¡Que se la saque ella! Pero, ¿sabe usté lo que yo le he contestao? Que me dejara a mí de cartillas, que yo ya estaba en el Catón.

Doña Berenguela. ¿Y qué te respondió?

Martina. ¡Que tenía cosas del Juanito! ¡Vamos! ¡Para darle en un ojo! Le digo a usté, guardia... *(Va a salir al tiempo que entra MATILDE por el foro.)*

Matilde. ¡Eso es! Tú aquí, de conversación y la señora buscándote. ¡Cómo están las criadas!

Martina. ¡Pues ande usté que las señoras también están buenas!

Matilde. ¡Martina!

Martina. (¡Cartillas a mí! Ya, ya.) *(Vase por el foro.)*

Matilde. *(A doña Berenguela.)* ¿Le parece a usté?

Doña Berenguela. Son terribles. Y echa usté a esa y entra otra peor.

Matilde. ¿Habrá insolente?

(Por la izquierda sale LUCY.)

Lucy. Oye, Matilde, ¿te dijo Peralta si vendría esta noche?

Matilde. Sí, mujer. ¡Ya lo creo! *(Se sientan en el sofá.)*

Lucy. ¡Qué hombre tan simpático!

Matilde. ¡Y tan elegante! Tiene un chic especial, una distinción, unas maneras...

Lucy. Y tú le gustas. Eso está visto.

Matilde. Parece que sí. Su asiduidad, su constancia en hablar conmigo, el modo que tiene de mirarme... Todo indica que no le soy indiferente.

Lucy. ¿Y él a ti?

Matilde. Tampoco. Habría yo de ser muy necia ó muy descontentadiza para no encontrar merecimientos en hombre tan distinguido.

Lucy. Así, que si él se te declarara...

Matilde. No le desdeñaría; al contrario.

Lucy. Entonces, Carlos...

Matilde. Pasó a mejor vida. Y yo muy contenta. Se trataba de un hombre imposible de emparejar conmigo. En todo éramos diferentes. Ni sé cómo me pude enamo-

rar de él. ¡Qué cataplasma! ¡Y qué ideas tan rancias las suyas! Olía a pergamino.

Lucy. ¡Mujer! ¿A pergamino?

Matilde. A pergamino, a pergamino, a cosa vieja y pasada de moda...

Lucy. Pues él sí te quería. ¡Y te quiere! No hay más que ver, cuando viene aquí, cómo te mira. Además, existe otro detalle, para mí inconfundible, y que me demuestra bien a las claras que no logró olvidarte del todo.

Matilde. ¿Cuál?

Lucy. La pianola.

Matilde. ¿La pianola?

Lucy. Yo no sé si tú te habrás fijado que no pasa día sin que se oiga tocar en el piso de arriba dos o tres veces el minuetto de Paderewsky.

Matilde. ¿Y qué?

Lucy. Que era tu pieza favorita, y el muchacho la toca, sin duda, como un recuerdo y como una evocación.

Matilde. ¡Hasta en eso es un cursi!

(En este momento suena en el piso de arriba el minuetto de Paderewsky, tocado por una pianola, y seguirá oyéndose hasta que se acabe la pieza.)

Lucy. Oyelo, óyelo, ya está. Hoy es la cuarta vez.

Matilde. *(Levantándose malhumorada.)* ¡Vamos! ¡Se necesita ser imbécil!

Lucy. ¡Mujer, no seas así! Se necesita estar muy enamorado para hacer lo que él hace. ¡Desengáñate!

Matilde. ¡Me crispan los nervios estos romanticismos trasnochados! No lo puedo remediar. Lo que te digo, Lucy, que es un hombre del tiempo de Mari-Castaña. Ya empiezo a extrañarme de que no haya bebido vinagre en mi presencia y de que no me haya compuesto unos versitos. *(Declamando con énfasis.)*

¡Oh, tú, mi sol y mi guía!
¡Oh, tú, brillante lucero!

(Se ríe.)

Lucy. ¡Qué loca eres!

Matilde. *(Volviendo a sentarse.)* Pero ¿no tengo razón?

Lucy. ¿Qué has de tener razón?

Matilde. ¡Pues tú me dirás!

(En este instante sale REGLA por la izquierda como despedida y tambaleándose, va a caer sentada en el sofá, entre Lucy y Matilde. Luego asoma la pierna derecha de JUAN y luego todo él, sonriente y magnífico. Es Juan un chicarrón de veinte años, fornido y recio.)

Regla. ¡Ay!

Juan. ¡Chut! ¡Goal! ¡Viva el Athletic!

Matilde. ¡Juanito!

Lucy. ¡Por Dios!

Regla. ¡Eres un salvaje!

Matilde. *(A Regla.)* A poco te estrella.

Juan. Es que estoy entrenándome para el partido de mañana.

Regla. ¡Pues, hijo, entrénate con tus narices, no conmigo!

Juan. *(Dándole un puntapié al ovillo de lana de doña Berenguela, que se le ha caído al suelo, y mandándolo al pasillo.)* ¡Chut!

Doña Berenguela. ¡Jesús, María y José!

Matilde. *(Levantándose.)* ¡Pero, Juanito!...

Juan. *(Al pasar el ovillo por la puerta del foro.)* ¡Goal!

Doña Berenguela. *(Saliendo detrás del ovillo.)* ¡Señor, por la Virgen Santísima! *(Haciendo como que no ve.)* ¿Me habrá mandado el ovillo a la portería?

Matilde. *(Recogiéndolo y entregándoselo.)* Tome usté, señora. Y disculpe usté a este bárbaro.

Doña Berenguela. ¿Quiere usté callar? ¡Nada de eso! *(Volviendo a sentarse.)* Si me ha hecho mucha gracia. ¡Mucha gracia! *(Riéndose forzadamente.)* ¡Qué gracia!

Juan. *(A Lucy.)* Oye, ¿y qué hace aquí doña «Berengena» a estas horas?

Lucy. ¡Hombre, que van a venir los chicos!

Juan. ¿Ah, sí? Yo creí que os habríais citado en el Palacio de Hielo. Como esta noche es el baile, con motivo de la verbena de Santiago...

Lucy. Y allí nos veremos después, pero como iremos tarde, ellos han quedado en pasar antes por aquí para hacernos un rato de tertulia.

Juan. Ya. *(Asomándose al balcón.)* ¡Escucha! Pues allí enfrente, en el solar, también han puesto una kermesse.

Matilde. Hoy se inaugura.

Juan. Estaba por ir.

Matilde. Y ya lo creo que irás. Como que eso es lo que a ti te gusta: modistillas, criadas...

Juan. ¡Mi elemento, chica! ¿Qué le voy a hacer? El frac me angustia ¡No soy hombre de frac!

Lucy. ¡Como que eres un golfo!

Juan. *(Llamando a sus hermanas a capítulo.)* Oidme. ¿Queréis que le tome el pelo a doña «Berengena»?

Lucy. ¡No, hombre! Déjala.

Regla. ¡Pobre señora!

Juan. Veréis. *(Acercándose a doña Berenguela.)* Y di-

ga usté, doña «Berengena»... *(Las muchachas se tapan la cara para disimular la risa.)*

Doña Berenguela. ¡Berenguela, señorito!

Juan. ¿Cómo?

Doña Berenguela. ¡Berenguela!

Juan. ¡Es igual! Siempre se me olvida. ¿Por qué le pusieron a usté ese nombre tan raro?

Doña Berenguela. Por un capricho de mi padrino, que se llamaba Berenguer.

Juan. Pero, ¿Berenguer es nombre?

Doña Berenguela. Naturalmente.

Juan. Cada día se aprende algo nuevo. Y, atienda usté, ¿le sigue a usté dando tanto miedo los automóviles?

Doña Berenguela. El mismo, señorito. Es una cosa superior a mí. Ver venir a un automóvil y echarme a temblar y no saber dónde meterme, todo es uno.

Matilde. Como que hay que ver los apuros que pasa para cruzar con nosotras la Cibeles.

Lucy. La llevamos entre las tres y, así y todo, da cada grito...

Doña Berenguela. Pero no crean las señoritas que mi susto a los automóviles no está justificado.

Juan. ¿Ah, sí?

Doña Berenguela. Sí, señor: es que tengo la certeza de que la han tomado conmigo los chauffeurs.

Juan. Pero ¿todos?

Doña Berenguela. Todos, señorito. Como tienen una Sociedad se han debido poner de acuerdo y se han debido decir unos a otro: ¡A cazar a «la carabina»! Y me persiguen de muerte. Ahora, que yo no les doy el gusto de que me aplasten. ¡Eso, no! Primero me estoy dos días en una acera que cruzar a la otra como yo vea venir un «auto», aunque sea a un kilómetro

Juan. Pero ¿usté ve a esa distancia?

Doña Berenguela. No, señor,—¿qué he de ver?—pero lo pregunto.

Matilde. ¿Y qué fundamento puede tener esa creencia en que usté está de que la persiguen los chauffeurs?

Doña Berenguela. Uno y muy firme, señorita. ¿Es que no saben ustedes lo que me ocurrió el otro día?

Lucy. No, señora.

Regla. ¿Qué fué?

Doña Berenguela. ¡Una cosa horrible! Iba yo por la calle del Prado, caminando por el arroyo a causa de la valla de un edificio en construcción, cuando por la Plaza de las Cortes veo avanzar un auto a toda marcha. Aprieto el paso y con mil apuros gano la acera, cuando, de pronto, el automóvil, en la acera; muerta de espanto

me meto corriendo en un portal y el automóvil, en el portal, detrás de mí hasta el pie mismo de la escalera. Yo di un grito que hizo salir a todos los vecinos. Luego el chauffeur, para justificarse creo que dijo que era el «auto» de la casa, pero cuando el chauffeur decía esto ya me tenían ustedes a mí en el balcón del principal derecha llamando a los guardias. ¡A ver si eso no es perseguirla a una! *(Todos se ríen.)*

Matilde. ¡Muy gracioso!

Lucy. ¡Muy divertido!

Juan. Hubiera dado algo por encontrarme allí para verla a usté trepar por las escaleras creyendo que el «auto» iba a seguirla hasta el último piso.

Doña Berenguela. ¡Al más valiente lo pongo yo en mi caso a ver qué hace!

Regla. ¡Pobrecilla!

Matilde. El lance es como para morirse del susto.

Lucy. Corriendo del «auto» y el «auto» detrás. ¡Saladísimo!

Juan. ¡Para una película!

Doña Berenguela. Ustedes se ríen ahora, pero yo sé lo que pasé.

Juan. ¡La caraba! ¡Que doña «Berengena» ésta!

Doña Berenguela. ¡Berenguela, señorito!

Juan. ¡Berenguela, sí, señora, que nunca me acuerdo!...

(Por el foro aparece MARTINA.)

Martina. El señor Bandera, el señor Peralta y el señorito Pedro.

Matilde. ¡Que pasen!

Lucy. ¡Que pasen!

Juan. ¡Dios y lo que me he reído! *(A doña Berenguela.)* ¡Es usté más divertida que una charlotada!

Doña Berenguela. Menos mal. ¡Más vale caer en gracia que ser graciosa!

(Por el foro derecha aparecen PERALTA, BANDERITA y PEDRO N, tres pollos «bien», vestidos de smoking. Peralta representa unos treinta años y los otros dos de veinte a veinticinco. Las muchachas los reciben en palmas y cada cual se dirige a su galán correspondiente: Matilde a Peralta, Lucy a Banderita, y Regla a Pedro N. Peralta habla con un ligerísimo acento americano.)

Matilde. ¡Amigos!...

Peralta. *(Dándole la mano.)* ¿Qué tal, Matilde, desde ayer?

Matilde. Muy bien. ¿Y usté?

Peralta. Muy mal, hasta ahora mismo en que vuelvo a verla.

Matilde. ¡Qué amable! *(Peralta se separa de Matilde para saludar a sus hermanas, mientras Matilde saluda a los otros muchachos. Juan se ha asomado al balcón, y doña Berenguela, de cuando en cuando y a juicio de la actriz, lanza hondos suspiros.)* ¡Hola, Banderita! ¡Hola, Pedro!

Banderita. ¡Usté siempre tan guapa!

Matilde. ¡Y usté tan fino!

Pedro. *(A Banderita.)* ¡Me pisas los piropos! ¡Ya no sé qué decirle yo!

Matilde. ¡Por Dios, Perico!...

Peralta. *(Dándole la mano a Lucy.)* Señorita Lucy, ¿qué tal vamos? ¿Se quitó aquel dolorcillo nervioso de anoche?

Lucy. Sí, señor, si no fué nada. Un poco de neuralgia.

Peralta. Lo celebro. ¡Reglita!... *(Le da la mano.)* Buenas noches, doña Berenguela.

Doña Berenguela. Buenas noches, señor Peralta.

Juan. *(Saliendo del balcón.)* ¡Hola, señores!

Peralta. ¡Hola, Juan!

Juan. ¡Por Dios, no me diga usté Juan!

Peralta. Pues ¿cómo he de llamarle?

Juan. Perro judío, si usté quiere. ¡Menos Juan, lo que sea!

Peralta. ¡Qué curioso! ¿No se llama usté Juan?

Matilde. En casa le decimos Juanito.

Juan. Me llamo Juan, sí, señor, el nombre más antipático de los nombres, el más vulgar, el más odioso. Me fastidiaron mis padres con ponérmelo. ¡Juan! Que es como decir: ¡nadie! Y encima, Collado; un apellido corriente y sin relieve. A mí me gustaría, ya que me llamo Juan, llamarme siquiera algo así como esos Juanes ilustres que registra la Historia: Juan Sin Tierra, Juan Sin Miedo, pero Juan Collado...

Lucy. Pues, hijo, llámate Juan Sin Vergüenza, con lo cual, no sólo te das gusto, sino que, además, diciendo el nombre, es como si enseñases una postal con tu retrato. *(Todos se ríen.)*

Juan. *(Amoscado.)* ¡Lucy!

Lucy. ¡Mira que venir ahora a ponerle remilgos a su nombre! ¡Es idiota!

Pedro. ¡Pues tiene razón!

Lucy. ¿Cómo?

Pedro. *(A Juan.)* Y haga usté lo que yo, si quiere. Yo me llamaba Perico Ruiz, más vulgar todavía que Juan Collado. ¡Perico Ruiz, no es nada! Pues fuí y le

metí entre el Pedro y el Ruiz una ene: Perico N. Ruiz. ¡Ya sonaba! ¡Ya era otra cosa!

Juan. Pero, bueno, y esa ene ¿qué significa?

Pedro. Nolasco. Pedro Nolasco Ruiz. Usté se puede llamar Juan Nepomuceno Collado.

Doña Berenguela. *(Suspirando.)* (¡ Nepomuceno ! ¡Ay!)

Pedro. ¡Otra cosa!

Banderita. ¡Ah! ¿De modo que la ene esa que tú te pones significa Nolasco?

Pedro. Naturalmente.

Banderita. Pues, chico, confieso mi imbecilidad; no había caído. Yo, cuando empecé a verte firmar Perico N., la verdad, creí que lo hacías como un homenaje a la Argentina, porque, vamos, a quien se le dé escrito tu nombre, Perico N., lee Pericón; Nolasco, de ninguna manera. *(Todos se ríen.)*

Pedro. ¡Vaya! ¡Otro pisotón! Está visto que me lo pisas todo, Banderita.

Peralta. *(A Matilde.)* ¿No salen ustedes esta noche?

Matilde. Sí, salimos; luego más tarde.

Peralta. Pero ¿van al Palacio de Hielo?

Matilde. ¡Claro que sí!

Lucy. *(A Banderita.)* ¡Bueno, hombre!... ¡Gracias a Dios que te echo la vista encima!

Banderita. Perdona, chica; pero me he pasado la tarde en el Aeródromo.

Lucy. No te me subas ya a las nubes.

Banderita. Pues que quieras que no, en las nubes he estado. ¡Menudo vuelo!

Regla. Y a usté, Pedro: ¿qué le ha ocurrido? Le esperaba en Royalty.

Pedro. Discúlpeme usté, Regla, pero me ha sido imposible acudir, y bien a pesar mío.

Regla. ¿Qué ha estado usté haciendo?

Pedro. Ejercicios.

Reglas. ¿Espirituales?

Pedro. De los otros. He estado haciendo piernas.

Regla. ¿Para qué?

Pedro. ¿Cómo para qué? ¿No sabe usté que el domingo es la carrera a pie en Guadarrama y que yo tomo parte en ella como campeón que soy del año pasado? Tengo que mantenerme en mi puesto. ¡No es cosa de dejarse pisar!

Lucy. *(A Regla y refiriéndose a Banderita y a Pedro.)* ¡Sí, chica! Ya estarás viendo que aquí el que no corre, vuela. ¡Vaya unos pájaros!

Pedro. Lucy, no sea usté maliciosa. Yo no merezco que usté me llame pájaro.

Lucy. ¡Y pájaros de cuenta, que es lo que me he callado por prudencia!

Banderita. Aquí, Lucy, no hay más pájaro que tu «carabina». ¡Fíjate qué mochuelo!

(Se ríen. Las parejas se van aislando poco a poco. Matilde y Peralta se han sentado a la izquierda; Lucy y Banderita se acomodan hacia la derecha, y Regla y Pedro N. se quedan al foro. Juan se sienta al piano y con un dedo pretende tocar alguna pieza moderna y popular. Doña Berenguela continúa haciendo labor y suspirando a ratos.)

Matilde. *(A Peralta, riéndose.)* ¡Cualquiera se fía de ustedes!

Peralta. Pues usté, Matilde, no tiene motivos para dudar de mí.

Matilde. Cierto que no; pero como todos los hombres son iguales... El que no la da a la entrada, la da a la salida.

Peralta. Ese es un criterio injusto.

Doña Berenguela. (¡Vaya! El Congreso se reune en secciones. Empieza Cristo a padecer.)

Matilde. ¿Tiene usté abajo su automóvil?

Peralta. Que pongo a su disposición por si quiere usté que le lleve al Palacio de Hielo.

Matilde. No, muchas gracias. Tía Raquel vendrá por nosotras y nos llevará en el suyo. El de usté es lindísimo: un «Renault» estupendo.

Peralta. Lo compré en París, a un pobre amigo mio, que se arruinó por el juego. ¡Maldita rueda!

Matilde. Usté también juega ¿no?

Peralta. A veces, por matar el aburrimiento.

Matilde. ¿Aquí, en Madrid?

Peralta. No, amiga mía. En España sólo se puede jugar en San Sebastián. En Madrid, el juego, en los Casinos, pierde su carácter de pasatiempo para convertirse en un negocio. Los señores que se agrupan alrededor de las mesas van sólo a ganar y se enfadan cuando pierden y llaman a los croupiers ladrones... ¡Es odioso! Resulta agradable jugar por distracción y entretenimiento, en sitios alegres, donde haya mujeres que sepan endulzar con la miel de una sonrisa el amargor de una pérdida importante. Lo demás, es «shoking», grosero.

Matilde. Ha debido usté viajar mucho.

Peralta. Tal vez demasiado para la edad que tengo. Por eso me aburro tanto en todas partes.

Matilde. ¿Y no tiene usté familia?

Peralta. Desgraciadamente para mí. ¡Soy solo!

Matilde. Acaso una compañera le distrajera a usté de sus murrias.

Peralta. Ya lo sueño muchas veces, y más cuando la siento a usté junto a mí, como ahora... *(Aproximándose a ella y cogiéndola una mano.)*

Matilde. ¡Peralta!

(Doña Berenguela suspira.)

Peralta. Una mujer como Matilde sería mi felicidad, pienso. Pero en seguida razono y me digo: ¿cómo me ha de querer? ¿Cómo puedo yo aspirar a ella? Un pobre bohemio...

Matilde. ¿Pobre?

Peralta. En el sentido espiritual completamente; un vencido, un hastiado de todo... ¿Tengo yo derecho a sacrificarla?

Matilde. ¡Qué tontería! ¿Y por qué no?

Peralta. ¿Cómo?

Matilde. *(Recogiendo velas.)* ¿Por qué no... ha de curarse usté ese pesimismo? ¡Quién sabe si una mujer lo salvaría!

Peralta. *(Acercándose más a ella.)* ¿Sería usté capaz, Matilde? *(Poniendo mucho fuego en la frase.)* ¿Sería usté capaz por mí...? *(Doña Berenguela vuelve a suspirar.)*

Matilde. *(En ascuas.)* ¡Por Dios, Peralta, que se pone usté muy nervioso!

Peralta *(Exaltándose.)* ¡Matilde! ¡Míreme usté! ¡Míreme usté! *(Matilde lo mira.)* ¡Aún más!

Matilde. *(Volada.)* ¡Ay! Pero ¿es que va usté a hipnotizarme?

Peralta. ¡Matilde, si usté me quisiera yo daría con gusto mi fortuna toda!

Matilde. ¿Y para qué iba usté a hacer esa bobada, pudiendo disfrutarla los dos?

Peralta. ¡Matilde!

Matilde. ¿Qué he dicho, Dios mío?

Peralta. Pero ¿es posible? ¿No es que sueño?

Matilde. No, Peralta, no. Posible es todo cuando un hombre habla como usté habla y dice lo que usté dice.

Peralta *(Acercándose aún más.)* ¡Matilde! ¡Matilde!

Matilde. ¡Peralta, por Dios!

(Doña Berenguela es un fuelle.)

Peralta. ¡Matilde mía! ¡Chiquilla! Pero ¿tú me quieres?

Matilde. *(Volviéndose hacia doña Berenguela, que no cesa de soplar.)* ¡Ay, doña Berenguela! ¿Qué le pasa a usté?

Doña Berenguela. ¡Calor, señorita! Que está la noche demasiado calurosa.

Matilde. ¡Pues sálgase al balcón!

Doña Berenguela. Falta me hace el fresco; no se crea...

Matilde. ¡Pues sálgase! *(Sigue hablando en voz baja con Peralta.)*

Lucy. *(A Banderita, que pretende tomarle la cara.)* ¡Que te estés quieto, vaya, que no seas idiota!

Banderita. ¡Mujer!...

Lucy. ¡Y ojo con las manos!

Banderita. ¿Con qué manos?

Lucy. Con las tuyas y con las mías, que te las puedes encontrar de pronto en la cara y creerte que asistes a un estreno de éxito.

Banderita. ¡Pero, chica!...

Lucy. ¡Cuidadito conmigo!

Regla. ¡Por la Virgen, Juanito, deja ya de teclear el piano, que me estás levantando un dolor de cabeza con esa monserga!... ¡O toca de una vez algo bonito para que lo bailemos!

(Matilde y Lucy se levantan como impulsadas por un resorte.)

Lucy. ¡Ay, sí, sí!

Matilde. ¡Eso, sí!

Juan. ¡De acuerdo! ¿Qué queréis que toque?

Lucy. Un fox, un shimmy...

Juan. ¡El paso del camello! ¿Os parece?

Regla. Sí, sí.

Juan. ¡Pues allá va!

Matilde. Pero yo no lo sé bailar, Peralta.

Peralta. ¿Cómo que no? Si es sencillísimo. Una variante del shimmy... ¡Se aprende en seguida!

Matilde. Usté me llevará.

Peralta. ¡Con mil amores!

Juan. ¿Estamos?

Pedro. Cuando usté quiera.

Juan. ¡Pues a las tres!

(Juan toca y las parejas bailan estrechamente unidas.)

Doña Berenguela. (¡Eso es! El abrazo que no se han podido dar sentados se lo dan ahora de pie, sin que nadie tenga derecho a decir: esta boca es mía. ¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos! Si mi pobrecito Nepomuceno levantara la cabeza... ¡Con lo mirado que él era para estas cosas!... Recuerdo que una vez, siendo mi novio, me sacó a bailar y se puso guantes para no razarme las manos. *(Suspirando.)* ¡Ay!

(Por la izquierda aparece DON BUENAVENTURA, ves-

tido de frac y bailando al compás de la música. Las parejas, al verlo, se separan y dejan de bailar. Juan sigue tocando.)

Don Buenaventura. Sigan ustedes, sigan ustedes. Si yo vengo aquí para aprender... Pero no me entra el paso... ¡No doy una! ¡Sigan ustedes!

Peralta. ¡Por Dios, señor Collado! ¡No faltaría más! ¿Cómo se encuentra usted?

Don Buenaventura. Pues... así, así. Hoy parece que me siento un poquito mejor, pero no acabo de ponerme bueno. ¡Vaya! Pero, ¿siguen o qué? Por mí no se priven de nada. ¡Me voy entonces, me voy! Ahí se quedan, ahí se quedan... *(Vase por el foro.)*

Peralta. ¡Qué don Buenaventura!... *(Vuelven a bailar. A poco aparece por el foro EL ABUELO, el cual se queda de una pieza al ver el cuadro que a sus ojos se ofrece.)*

El Abuelo. ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Quién ha autorizado esta zambra? ¡Basta ya! *(Las parejas dejan de bailar.)* ¡Juanito!... *(Yendo hacia el piano.)* ¡No toques más! ¡No toques más!

Matilde. ¡Abuelo!...

Lucy. Pero tú, ¿a qué vienes aquí?

El Abuelo. ¿Eh? ¿Cómo se entiende? ¿Que a qué vengo aquí? ¿Es que no puedo yo andar libremente por mi casa? *(Avanzando hasta Lucy con la mano en alto y tembloroso.)* ¡Mira que...!

Matilde. Lo primero que has debido hacer es saludar, que no estamos solas.

Peralta. ¡Matilde!...

El Abuelo. ¡Ah, perdón! Buenas noches, caballeros.

Peralta. Buenas noches, señor.

Juan. *(A los muchachos, confidencialmente.)* Discúlpenle ustedes. Chochea... ¡El pobre viejo! Debiera ya estar acostado. No sé qué hace de pie a estas horas. *(Al Abuelo.)* ¿Por qué no te acuestas, Abuelo?

El Abuelo. Porque yo no necesito que tú me digas lo que tengo que hacer.

Juan. *(A los muchachos.)* ¡Vaya! Está con la vena. ¡Hay que dejarle!

Peralta. Nosotros nos marchamos.

Matilde. ¿Por qué?

Peralta. Es tarde. Nos veremos luego.

Lucy. *(A Banderita.)* Tú irás al baile, ¿no?

Banderita. ¡Figúrate! Yendo tú...

Regla. *(A Pedro.)* Le espero, ¿eh? No me vaya a hacer lo de esta tarde en Royalty.

Pedro. Faltar a una cita es disculpable; faltar a dos es incorrecto. Iré.

Matilde. *(Echándose mano al pecho y notando la falta de un alfiler que llevaba.)* ¡Ay!

Peralta. ¿Qué le pasa?

Matilde. Que he perdido mi imperdible.

Banderita. ¡Imposible! Si es imperdible, mal ha podido perderse.

Matilde. Pues le he perdido.

Banderita. Estará por aquí. *(Buscan todos el imperdible por el suelo.)*

Lucy. Lo tendrías mal sujeto y se te habrá caído bailando.

Matilde. Tal vez. Pero no aparece. Busca, Lucy; tú que tienes buena vista.

Lucy. No lo encuentro.

Doña Berenguela. *(Atalayando desde su asiento.)* (¡Allí está! Desde aquí lo veo. Pero ¿cómo se lo digo? ¡Lo veo! ¡Lo veo! Junto a la pata del sofá. ¡Lo veo!)

Matilde. ¡Qué fastidio!

Doña Berenguela. *(Levantándose.)* Pero ¿qué es? ¿Qué ha sido?

Matilde. Mi alfiler, que se me ha extraviado.

Doña Berenguela. ¡A ver si yo doy con él!

Matilde. ¡Al instante! No lo encontramos nosotros que, gracias a Dios, tenemos nuestros ojos buenos, y lo va a encontrar usté, que no ve.

Doña Berenguela. ¡Quién sabe! A veces el tacto suple con ventaja a la vista. *(Pasa la mano por el suelo y coge el alfiler.)* Aquí está, aquí lo tiene usté, señorita.

Matilde. ¡Es particular!

Peralta. ¡Es maravilloso!

Lucy. ¿Apareció?

Matilde. Doña Berenguela lo ha encontrado.

Lucy. ¿Doña Berenguela? ¿Sin ver?

Matilde. ¡Al tacto!

Lucy. ¿Al tacto? (¡Uy, me escama a mí esta «carabina»!)

Doña Berenguela. ¡Suerte que he tenido para hallarle! *(Vuelve a su sitio.)*

Peralta. Bueno, amiguitas...

Matilde. Pero, ¿se van definitivamente?

Peralta *(Dándole la mano a Matilde.)* ¡Hasta después!

Juan. Salgo con ustedes.

Peralta. Le dejamos en donde quiera.

Juan. Yo voy a Maxim's.

Peralta. Pues a Maxim's vamos todos. *(Saludando*

al pasar al Abuelo, que permanece como una esfinge junto a la puerta del foro.) Buenas noches, señor.

El Abuelo. Buenas noches.

(Banderita y Pedro saludan al Abuelo con inclinaciones de cabeza.)

Lucy. *(A Banderita.)* Que no me faltes, ¿eh?

Banderita. Descuida.

Regla. Lo mismo le digo, Perico.

Pedro. No tengo más que una palabra.

(Salen todos por el foro animadamente, menos doña Berenguela y el Abuelo.)

El Abuelo. Y usté, señora, ¿de qué sirve? ¿Cómo consiente esto?

Doña Berenguela. A mí, señor, me pagan para no ver, no oír y callar.

(En el pasillo aparecen MATILDE, LUCY y REGLA.)

Matilde. *(Desde el pasillo.)* ¿Doña Berenguela?

Doña Berenguela. ¿Señorita?

Matilde. Venga usté a ayudarnos a vestir.

Doña Berenguela. Al momento. Con su permiso, señor.

(Vase doña Berenguela por el foro y con ella las muchachas. Queda solo el Abuelo, el cual eleva su vista al cielo, cruza las manos y da un profundo suspiro de desaliento. A poco sale por la izquierda DOÑA BERTA, con traje de «soirée».)

Doña Berta. ¡Papá!

El Abuelo. ¡Berta! ¡Cuánto me alegro de que vengas! Iba yo a buscarte ahora para decirte algo muy grave que en tu casa ocurre y de lo que tú sin duda no has podido darte cuenta.

Doña Berta. ¿De qué se trata? ¡Me pone usté en cuidado!

El Abuelo. Hace un momento acabo de sorprender aquí a tus hijas en una actitud, que no me atrevo a calificar, bailando con esos pollos que ahora las visitan. ¡Es intolerable consentir semejante escándalo!

Doña Berta. Pero, ¿no estaba doña Berenguela con ellas?

El Abuelo. ¿Y qué? ¿Quién es doña Berenguela ni qué autoridad puede tener para ciertas cosas? Eres tú, su madre, la llamada a vigilarlas y cuidarlas, no una persona extraña y pagada a sueldo. ¡Deberes de madre son esos, que no se pueden delegar, aun cuando la moda lo autorice!

Doña Berta. Pero, por Dios, papá, me había usté asustado. Yo creí que se trataba de algo serio. No se preocupe usté. La vida ha cambiado y también las cos-

tumbres. Unicamente usté sigue viviendo en el año en que nació.

El Abuelo. ¡Ah! Pero ¿es que tú crees, hija mía, que la vergüenza puede ser cuestión de un año o de otro?

Doña Berta. No...

El Abuelo. ¿Entonces?... Porque aquí se trata de eso. ¡Es que tú no sabes cómo bailaban! Yo te confieso que, en mi juventud, no vi bailar así ni en los merenderos de la Bombilla.

Doña Berta. Usté exagera, papá, exagera... Yo sé bien cómo bailan mis hijas: como bailan hoy todas las señoritas de su rango. ¡No se piense usté que los tes a que asistimos en los hoteles de moda son el baile de Provisiones!

El Abuelo. Ya sé que no, ya sé que no; que en Provisiones hay un bastonero para llamar al orden a la pareja que se desmanda, y en los grandes hoteles ni siquiera hay eso.

Doña Berta. ¡Bueno, papá! Como usté quiera. Dejemos ese asunto, si le parece, y vamos a ocuparnos de otro más importante, ahora que estamos solos.

El Abuelo. ¿Más importante?

Doña Berta. Sí, papá.

El Abuelo. Tú me dirás, hija.

Doña Berta. Mucho trabajo me cuesta empezar, pero no tengo otro remedio.

El Abuelo. Habla.

Doña Berta. Es preciso, papá, que venda usté su cortijo de la Sierra.

El Abuelo. ¿Eh?

Doña Berta. Es necesario, absolutamente necesario.

El Abuelo. ¿Que venda yo el cortijo de la sierra? Pero, ¿no sabes, hija, que es mi única fortuna, con lo único que me quedé el día que te casaste para poder vivir; que con la renta que me da pago mi pensión en esta casa para no seros gravoso con mi compañía?

Doña Berta. Sí, papá; todo eso lo sé. Y, sin embargo, le digo: es preciso vender el cortijo, si no quiere usté que su hija, y con ella su hogar, se hundan para siempre.

El Abuelo. ¿Qué dices, Berta?

Doña Berta. ¡La verdad! Nos hemos arruinado, no tenemos ya nada de qué echar mano para pagar lo que debemos, y si queremos mantenernos en el sitio en que estamos, precisa que usté nos salve. Buenaventura no se ha atrevido o decírselo a usté; pero se lo digo yo. ¡Es triste, lamentable, doloroso, lo que usté quiera, pero es

la realidad y ante ella hay que rendirse! Si usté no nos presta su ayuda habremos de darnos por vencidos. En usté está nuestra única salvación.

El Abuelo. ¿En mí? Tu marido tiene fincas también. ¡Que las venda!

Doña Berta. ¡Las tenía, papá!

El Abuelo. ¿Qué?

Doña Berta. ¡Todo está agotado! Cuando acudimos a usté es que ya no nos queda otra salida.

El Abuelo. Pero, ¿cómo es posible?

Doña Berta. ¿Qué quiere usté? Malos negocios, reveses de fortuna, suerte adversa...

El Abuelo. Y este lujo inusitado, esta vida de disipación...

Doña Berta. También, también. ¡Todo ha contribuído!

El Abuelo. Me lo temía, me lo temí siempre, desde que os vi gastar a manos llenas. ¡Locos, más que locos!

Doña Berta. ¡Locos, no! Nuestra intención fué la mejor. Queríamos casar bien a nuestras hijas. Y ya es un hecho el logro de nuestras aspiraciones. Banderita adora en Lucy, Peralta bebe los vientos por Matilde. Peralta es un muchacho rico, tiene automóvil... ¡El podrá ser luego nuestro amparo!

El Abuelo. Pero, ¿sabéis quién es? ¿Os habéis preocupado de preguntar quién es?

Doña Berta. ¿No se lo estoy a usté diciendo? Es rico, tiene automóvil...

El Abuelo. ¿Y con eso basta?... ¡Ay, Berta, cabeza loca, tú misma te has labrado la ruina!

(Por el foro aparece DON BUENAVENTURA.)

Don Buenaventura. ¿Estorbo?

Doña Berta. ¡Buenaventura! ¡Entra! Hablaba con papá de lo que tú ya sabes.

Don Buenaventura. ¡Ah!

El Abuelo. ¿Qué me ha dicho Berta, hijo, qué me ha dicho?

Don Buenaventura. Ignoro lo que ha podido decirle, pero, por mucho que haya sido, siempre se habrá quedado corta.

El Abuelo. ¿Cómo habéis llegado a ese extremo?

Don Buenaventura. Pues como se llegan a todos los extremos, Abuelo: andando de cabeza. La bola de nieve. Hoy ésto, mañana aquéllo... ¡La pelota!

El Abuelo. ¿A cuánto asciende lo que debéis?

Don Buenaventura. *(Haciendo cálculos in menti.)* Así, en globo... ¡En globo asciende mucho! Se puede de-

cir que, cuenta más, cuenta menos, tendremos un pasivo de... veinte mil duros.

El Abuelo. ¿Veinte mil duros?

Don Buenaventura. ¿No darán eso por el cortijo de la Sierra?... Darán más. Tirado, tirado, lo menos treinta o treinta y cinco mil duros, ¿no?

El Abuelo. Seguramente.

Don Buenaventura. ¡Pues eso! Yo, ya se lo habrá a usté dicho Berta, me he resistido todo lo posible a confesarle a usté la verdad, pero las cosas han llegado ya a un punto en que no ha habido más remedio que cantar la gallina. Se aproximan fechas de pagos urgentes e inaplazables y no contamos... ¡No contamos más que con los dedos! En fin, con decirle a usté que hasta Carlitos, Carlitos, nuestro vecino, el antiguo novio de Matilde, nos ha recogido una letra de cinco mil pesetas...

El Abuelo. ¿Y habéis consentido?...

Don Buenaventura. Por su propia voluntad, ¿eh? y sin que nadie le haya dicho nada, pero él se enteró no sé cómo y fué tan amable que...

El Abuelo. ¡Vamos! Sois...

Don Buenaventura. Se la pensamos pagar, ¿eh?, No se piense usté...

El Abuelo. Pero ¿consentir que Carlos, después de romper con Matilde?... ¡Es insólito!

Doña Berta. Por lo visto habló con el agente de Buenaventura, Vélez, don Baltasar Vélez, y éste le dijo, faltando a su deber, yo lo comprendo, la situación en que estábamos. El muchacho, entonces, espontáneamente...

El Abuelo. ¡Noble, noble hasta el fin! Lo que no habéis sabido ser vosotros ni Matilde con él. ¡Ese, ese debió ser el marido de tu hija y no este otro señorito del automóvil! ¿Habéis pensado si éste, en igual situación, hubiera sido capaz de hacer otro tanto?

Doña Berta. Es que...

El Abuelo. ¡Basta! No quiero saber más. Véndase, véndase mi cortijo en buena hora, hoy mejor que mañana, y páguese todo. ¡Lo de Carlos, lo primero! ¡Véndase el cortijo! ¡Señor, Señor!...

(Dentro se oye la voz de RAQUEL.)

Raquel. *(Dentro.)* ¿Están en el gabinete? No se moleste, Martina. Ya vamos nosotros.

Doña Berta. ¡Callad, callad, que está ahí Raquel, que no se entere de nada!

(Por el foro aparecen, RAQUEL, en traje de baile y PEPE GUTIERREZ, de frac y con un abrigo de entretiempo.) ¡Hola, mujer! ¡Hola, Pepe!

Pepe. ¡Salud!

Raquel. ¿Hace mucho que nos estáis esperando?

Doña Berta. No.

Raquel. Menos mal. Es que venía volada por la hora. ¡Figúrate que este hombre, con el dichoso Congreso, ha ido a comer a las diez y media!... *(A su marido.)* ¿Cuándo os van a dar las vacaciones?

Pepe. ¡Sabe Dios! Hasta no aprobar los Presupuestos...

Raquel. ¡Qué barbaridad! ¡Nunca ha estabo abierto el Parlamento a finales de julio! Esto es abusar el país de sus diputados.

El Abuelo. ¡Vaya para las veces que se da el caso contrario!

Raquel. *(Volviéndose hacia el Abuelo.)* ¿Eh?

El Abuelo. ¡Mucho calor! Está la noche de bochorno.

Raquel. Verdad que sí. Y eso te lo advierto, Pepe: yo todo el verano sin salir de Madrid no me quedo. Yo necesito, aunque sean quince días, pasarlos en una playa cualquiera, San Juan de Luz, Biarritz... San Sebastián no digo porque, chica, aquello se ha puesto imposible después de la guerra: no van más que «parvenus». El año pasado conocí allí a una señora que era un borrego de rifa, toda cargada de preseas, y que para darse importancia conmigo tuvo el valor de decirme que en su casa se fregaba el suelo todos los días con Houbigant. ¡Calcula! Ahora que yo la chafé, porque le dije que en la mía, no sólo se fregaba con Houbigant, sino que mis criadas usaban para trapos retazos de tisú y de charmeuse, y abrió cada ojo... ¡A una, otra!

Doña Berta. ¡Eres el demonio!

Raquel. ¿Y las chicas?

Doña Berta. Vistiéndose.

Pepe. ¡Y decías tú que llegábamos tarde!

Raquel. Yo, hijo, como quedamos citados a las once y son las once y media... Después de todo no hay prisa. Tampoco es cosa de llegar de las primeras. Aunque nosotros nos retiraremos temprano.

Doña Berta. ¿Por qué?

Raquel. Porque éste está citado mañana a las siete y cuarto en casa del Presidente del Consejo, que tiene unas horitas de levantarse... ¡Yo no me lo explico! ¡A esas horas no se citan más que las cocineras!

Pepe. ¡Total, que me has hecho comer como los pavos para nada!

Raquel. ¡Aguárdate! *(Abanicándose.)* ¡Jesús! Tiene razón el Abuelo. Está la noche de bochorno. ¡Qué Madrid este! Mañana empiezo los Credos al Cristo de la Fe para que se cierre el Congreso. ¡No puedo aguantar más

esta temperatura! Y vosotros, ¿no salís este año? *(El Abuelo lanza una especie de gruñido. Raquel se vuelve hacia él.)* ¿Eh?

El Abuelo. No decía nada.

Raquel. Me pareció. ¿No salís, Berta?

Doña Berta. Aún no lo tenemos decidido. ¿Verdad, Buenaventura?

Don Buenaventura. *(Con cierta zumba.)* ¡No! No lo tenemos decidido.

Doña Berta. Aparte de que éste ha pedido tantos permisos este año y ha faltado tanto a la oficina por causa de su enfermedad que, la verdad, da fatiga ahora salir diciendo que nos vamos de veraneo.

Pepe. ¡Ah! Pero ¿es por eso? ¡Por eso no lo hagáis! El Ministro es íntimo amigo mío; yo le hablaré y te darán un mes de licencia, dos, los que necesites. ¡No faltaba más! Mañana mismo le hablo.

Don Buenaventura. No le hables.

Pepe. Pero ¿por qué? Si te repito que es íntimo amigo mío...

Don Buenaventura. A pesar de ello, no le hables. He leído el otro día en «A B C» que lo verdaderamente chic para los madrileños no es veranear sino invernar y espero a que lleguen las Navidades para llevarme a ésta a Niza, a Montecarlo, al Escorial...

Doña Berta. ¿Al Escorial, Buenaventura? ¿El Escorial estación de invierno? Tú no estás en tu juicio.

Don Buenaventura. Chica, de invierno no será, pero de que es estación no te quepa duda. ¡Para hasta el expreso!

Doña Berta. ¡Bobo!

Pepe. ¡Vaya, vaya! Se ve que está de humor el matrimonio.

Don Buenaventura. *(Con sorna.)* ¡Eso sí! ¡Estamos de un humor!... ¿Verdad, Abuelo?

(Por el foro aparece REGLA, vestida para el baile.)

Regla. Mamaíta... ¡Hola, tía Raquel! ¡Hola, tío Pepe!

Doña Berta. ¿Y tus hermanas?

Regla. Ya están acabando. Vengo a decirte de parte de las chicas, que si las dejas que bajen un rato a la kermesse...

Raquel. *(Yendo hacia el balcón.)* Verdad que han puesto una kermesse ahí enfrente...

Doña Berta. Con cuatro cadenetas de papel, un organillo y seis bombillas la han improvisado esta tarde. *(A Regla.)* Bueno, diles que sí, que bajen, pero que un rato nada más, que no me gusta que se quede solo el Abuelo. *(Regla se va por el foro.)*

El Abuelo. De mí no te preocupes.

Doña Berta. *(A Raquel.)* Tampoco me quiero negar a darles el permiso porque no digan que soy una tirana. Además de que con esta gente hay que andar ahora con un tino... Se te enfadan, se te van y luego tienes que estar dos meses para encontrar una que sirva. ¡A lo que hemos llegado!

Pepe. *(Desde el foro.)* ¡Ya están aquí las niñas!

Doña Berta. ¡Vaya! ¡Gracias a Dios! ¡Anda, Buenaventura!

Don Buenaventura. Por mí, cuando quieras. El sombrero y el abrigo los tengo en el perchero.

Doña Berta. Entonces, ahora vuelvo. *(Vase por la izquierda. Por el foro aparece MATILDE elegantísima.)*

Matilde. ¡Tíos!...

Raquel. ¡Hola, mujer! ¡Qué guapa vas! Cuando te vea Peralta...

Matilde. Ya me ha visto. Ha estado aquí.

Raquel. Pero, ¿con ese traje te ha visto?

Matilde. No.

Raquel. ¡Estás monísima!

Matilde. *(Ruborosa.)* ¡Tía!...

Raquel. Bueno, ¿y qué? ¿Cómo va eso?

Matilde. Pues... va, va marchando.

Raquel. El está disparado. La otra noche, en una conversación que tuvo conmigo, no me supo hablar más que de ti. ¡Y vaya un partido, Matildita!

Matilde. Sí, ¿verdad?

Raquel. ¡A ver! Muchacho rico, elegante...

Matilde. ¡Elegante sí lo es! Le da un aire a cuanto se pone...

Raquel. ¡Y guapo!

Matilde. Al menos, a mí me lo parece.

Raquel. No te podrás quejar de los amigos que te presenta tu tía.

Matilde. ¿Qué me he de quejar?

(DOÑA BERTA aparece por la izquierda con una salida de teatro.)

Doña Berta. Estoy a vuestra disposición.

Raquel. ¡Pues andando!

Pepe. Andando, si hemos de estar un rato en el baile. Fíjate que son las doce y a la hora que me tengo que levantar...

Doña Berta. Vamos, vamos... ¡Buenaventura!

Don Buenaventura. ¿A mí qué me dices si eres tú la que te retrasas?

Doña Berta. ¿Y Lucy? ¿Y Regla?

(LUCY y REGLA se asoman al foro.)

Lucy. Aquí estamos, mamá.

Raquel. Buenas noches, Abuelo.

El Abuelo. Buenas noches.

Matilde. ¡Adiós, Abuelo!

El Abuelo. ¡Adiós, id con Dios! *(Salen todos por el foro, menos doña Berta.)*

Doña Berta. Y usté, ¿por qué no se acuesta, papá?

El Abuelo. Porque no tengo sueño, hija. Y además porque no podría dormir tampoco, después de lo que he sabido. *(Doña Berta hace un gesto de resignación.)*

Doña Berta. ¡Un beso! *(Lo besa.)* ¡Hasta después! *(Sale por el foro.)*

El Abuelo. ¡Adiós, adiós! *(Suspira. Pausa. Por el foro aparece MARTINA.)*

Martina. ¿Don Pascual?

El Abuelo. ¿Qué hay? *(Se sienta en el balcón.)*

Martina. Que si usté no necesita nada nos vamos a bailar al solar de enfrente. La señora nos ha dado permiso...

El Abuelo. *(Como si hablara consigo mismo.)* ¡Vosotras también! ¡Bailar! ¡Bailar! ¡Es una pesadilla!

Martina. ¿Decía usté?...

El Abuelo. Nada, digo que no necesito nada, que podéis marcharos. Apaga esa luz, antes de irte.

Martina. ¿Se va a quedar usté a oscuras?

El Abuelo. *(Con energía.)* ¡Apaga esa luz!

Martina. ¡Está bien, señor! *(Martina apaga la luz del gabinete, el cual queda iluminado por el resplandor de las luces de la kermesse que entra por el balcón. Dentro suena el timbre de la puerta del piso.)* ¡Han llamado! Serán las señoras, que habrán olvidado alguna cosa. *(Vase por el foro. Pausa. Por el foro torna MARTINA.)* Es el señorito Carlos, don Pascual.

El Abuelo. *(Levantándose.)* ¡Que pase! *(Avanzando hasta el foro.)* ¡Carlos! *(CARLOS aparece por el foro.)* ¡Carlitos! *(Se abrazan.)*

Carlos. ¡Abuelo!

El Abuelo. *(A Martina.)* Enciende esa luz.

Carlos. ¿Para qué? ¡Mejor estamos así! La luz da calor.

El Abuelo. Como tú quieras. *(Llevándolo hacia el balcón.)* Vente aquí. Siéntate, siéntate.

Martina. ¿Manda usté algo, don Pascual?

El Abuelo. Puedes retirarte.

Martina. Con su permiso. *(Vase por el foro.)*

Carlos. Estaba en mi balcón tomando el fresco, vi salir a la familia, le vi a usté aquí solo y me dije: voy a hacerle un rato de compañía al Abuelo.

El Abuelo. Dios te lo pague, hijo, Dios te lo pague.

Carlos. Mamá y la niña se acostaron temprano, yo me encontraba también solo y aburrido... ¡Es un favor mutuo el que nos hacemos, Abuelo!

El Abuelo. (*Dándole a Carlos palmaditas cariñosas.*) ¡Bueno, Carlitos, bueno!

(*En la calle suena una pieza de baile tocada por el organillo que se supone en la kermesse.*)

Carlos. ¡También abajo hay baile!

El Abuelo. ¡También, hijo, también! Es una locura, una fiebre... ¡Y cómo bailan! ¿Te has fijado? Por supuesto, que para bailar así es lo que yo digo: hace falta no ser hombre o ser de corcho. En mis tiempos ¿cómo hubiera sido esto posible?

Carlos. ¡Eso, no, Abuelo!

El Abuelo. Verdad también que en mis tiempos iban las mujeres recatadas y honestas y los hombres nos encandilábamos sólo con ver los bajos de una falda, pero hoy, que van como van, ¿qué puede sorprendernos?

Carlos. Exacto, Abuelo, exacto.

El Abuelo. Lo uno es consecuencia de lo otro.

Carlos. Verdad, mucha verdad. (*Pequeña pausa.*)

El Abuelo. ¿Y qué es de ti? Nos tienes abandonados, no vienes a vernos como antes.

Carlos. Trabajo mucho. Y luego...

El Abuelo. Perdona. Se me había olvidado. Llevas razón.

Carlos. No quiero que pueda sospechar Matilde que trato de perjudicarla. Vienen aquí ahora ciertos caballeros... ¡Y usté que decía!...

El Abuelo. Me equivoqué, confieso que me equivoqué. Creí que tú podrías sujetarla, pero está envenenada por el ambiente. ¡Esa tía Raquel!...

Carlos. Y yo, le juro a usté, que procuro, cuanto puedo, olvidarla, borrarla de mi pensamiento, hacerme la ilusión de que no existe para mí, pero no lo consigo. Como si estuviesen amarrados por fuertes ligaduras, su nombre y su recuerdo van conmigo a todas partes. Y sufro, sufro mucho, Abuelo. Y a veces, lloro y protesto contra mi propia debilidad. No es digna de que yo la quiera, no se merece este cariño, que ha pisoteado y maltratado, y, sin embargo, su figura la tengo siempre delante de mis ojos. ¡Soy un infeliz, un pobre hombre! ¡Sufro mucho, Abuelo, sufro mucho!

El Abuelo. ¡Hijo! ¿Y qué te diré yo para levantar tu espíritu? Espera, espera, ¿Quién sabe todavía lo que podrá pasar?

Carlos. ¡Yo lo sé, Abuelo, yo lo sé!

El Abuelo. ¡Qué has de saber tú, criatura! Espera, espera... ¡Lo que pueda pasar sólo Dios lo sabe!

(Carlos suspira. En la calle sigue tocando el organillo y cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de día, en las primeras horas de la tarde del 25 de Julio, festividad de Santiago, Patrón de España.

(Al levantarse el telón entran en escena, por la puerta del foro, MARTINA y DOÑA BERENGUELA. Esta última se supone que llega de la calle, con su hábito de la Virgen del Carmen, su capotilla, de confección casera, sus gafas negras y su quitasol. Viene que da pena ver a la pobre señora; toda llena de salpicaduras de lodo.)

Martina. *(Observándola.)* ¡Por Dios, doña Berenguela! ¡Cómo viene usté!... ¿Qué le ha pasado?

Doña Berenguela. *(Indignadísima.)* ¡No me hables, no me hables! ¡Asesinos! ¡Groseros! ¡Gente sin educación!

Martina. Pero, ¿a quién le dice usté todo eso?

Doña Bereguela. ¡A los chauffeurs, hija, a los chauffeurs! ¡Bandidos! ¡Desalmados! ¡Cafres! ¡Cocheros! *(Mostrándole el vestido a Martina.)* ¡Mira cómo me han puesto, mira cómo me han puesto!

Martina. ¡Sí que está usté para colocarla en una vitrina!

Doña Berenguela. ¡Y todo por atropellarme!... ¡Sí, sí! ¡Pero como no me atropellen!... ¡Soy yo más lista que ellos! Y es natural, el muy granuja que guiaba el auto, de rabia que le entró al ver que me escapaba de sus manos, no tuvo más que meter el coche en un barrizal y fíjate, fíjate cómo me ha dejado el sinvergüenza, que soy Santa Lunares, viuda y virgen.

Martina. ¿El qué?

Doña Berenguela. ¡Viuda y mártir! De la indignación que tengo ni coordino. ¿Qué te parece? ¿Qué te parece?

Martine. ¿Quiere usté un cepillo?

Doña Berenguela. ¡No, por Dios, hija; esto hay que dejarlo que se seque! Y ¿cómo acompaño yo así a las señoritas? Porque no me queda ni el recurso de ir a casa a mudarme de ropa. ¡No tengo más ropa que ésta!... ¡Ay, San Juan bendito, cuánto me pruebas!... Lo único que puedo hacer es salir en enaguas o ponerme el abrigo de invierno y ¿quién se pone el abrigo de invierno. en Madrid, a 25 de Julio y con el calor que corre? ¡Vamos, vamos!... ¡Te digo que estoy negra, Martina!

Martina. ¡Lo creo! ¡Negra y con pintas!

Doña Berenguela. Ahora, que yo—¡eso sí!—el primer día que haya junta en «La Velocidad», que es como se llama la Sociedad de los chauffeurs, me planto allí en queja y o me atienden y me dan un pase de libre circulación o mato al presidente. ¡Estoy dispuesta a todo! *(Mirándose el vestido.)* ¡Nada, pero es que no me ha quedado huequecito libre! ¿Dónde voy yo con esta facha y menos acompañando a tus señoritas, que bonitas son; en todo se fijan? ¡Qué desesperación, Martina, qué desesperación! ¡Hasta ganas de llorar me dan de verme!

Martina. Pues no se apure usté, porque las señoritas es muy fácil que no salgan esta tarde.

Doña Berenguela. ¿Por qué? ¿Hay alguien malo en casa?

Martina. No, señora; pero pasan cosas que, ya le digo a usté: es lo más fácil que no salgan.

Doña Berenguela. *(Con vivo interés.)* ¡Jesús, Martina! Pues ¿qué pasa? Acaba de una vez y no me tengas con esta zozobra.

Martina. Pasa que la señorita Lucy y la señorita Matilde han llegao esta mañana aquí a las cinco y media.

Doña Berenguela. ¿Y están durmiendo la siesta?

Martina. No, señora, que en la casa, salvando a don Pascual, nadie ha pegao un ojo desde anoche.

Doña Berenguela. *(Con creciente interés.)* ¡Por tu madre, Martina, hija!... ¿Quieres romper ya con lo que sea? ¡Me tienes en ascuas!

Martina. Yo, bien, bien, no lo sé del todo, pero por lo que he podido enterarme parece ser que anoche, en el baile, la señorita Matilde y la señorita Lucy tenían mucho calor y para tomar el fresco se fueron a dar un paseo en el automóvil del señor Peralta, con el señor Peralta y el señor Bandera, sin pedirles permiso a los padres, ya que pensaban regresar al baile antes de que el baile se acabara y antes de que nadie se diera cuenta de la escapatoria.

Doña Berenguela. ¡Jesús, mil veces Jesús! ¡Sigue, Martina, sigue!

Martina. Pero el demonio que, por lo visto, todo lo enreda, hizo que el automóvil, a la mitad de la carretera del Pardo, se parara y ni atrás ni alante; no había quién lo hiciera andar ni por los Padres de Gracia. Total, que el baile se acabó y que, cuando los señores fueron a echar mano de sus hijas, allí no estaba más que la señorita Regla, y que, locos, empezaron a buscar a las otras por todas partes y que, al no encontrarlas, se vinieron aquí, en el estao que usté puede suponer, y que a las cinco y media aparecieron las señoritas y que no quiera usté saber la que, desde esa hora, hay armada en esta casa. La señora está que la ahogan con un cabello; el señor, poco menos, y las señoritas encerradas en su cuarto, las dos llorando a cual más. El único que no sabe lo que ocurre es el Abuelo, porque la señora nos ha encargao a todos que nada se le diga. ¡Y ahí tiene usté explicao en pocas palabras el bonito número con que nos ha obsequiao en su día el Apóstol Santiago!

Doña Berenguela. *(Cogiéndole una mano a Martina.)* ¡Tócame! ¡Hasta frío me ha entrado de oírte! ¡Y mira que para entrarme frío con el calor que hace!... ¡Pues frío!

Martina. Es que la cosa, doña Berenguela, no es para menos.

Doña Berenguela. ¡Sí, hija, sí! Ahora, que yo, te confieso mi verdad; a mí no me ha cogido de sorpresa. ¡Era mucha libertad la de estas niñas y esos pollos! Yo, que los he venido observando... ¡Veces ha habido en que se me han puesto encarnados de vergüenza hasta los cristales de las gafas, que son negros!... ¡No te digo más!

Martina. *(Mirando hacia el pasillo.)* ¡Silencio, que viene el Abuelo! Hágase usté la desentendida. Yo voy a avisarle a la señora que está usté aquí.

Doña Berenguela. ¡Qué cosas, Señor, qué cosas!

(Vase Martina por la izquierda y por el foro entra EL ABUELO.)

El Abuelo. Buenas tardes.

Doña Berenguela. Buenas tardes, don Pascual.

El Abuelo. Por las niñas, ¿eh?

Doña Berenguela. A cumplir con mi obligación. Para eso me pagan. *(Acordándose de Martina.)* ¡No todas pueden decir lo mismo!

El Abuelo. Está bien, señora, está bien.

(Por la izquierda sale REGLA.)

Regla. ¿Doña Berenguela?

Doña Berenguela. Dios la guarde, señorita.

Regla. Se puede usté marchar. No salimos esta tarde. Mis hermanas están así, un poco maluchas, y nos quedamos en casa.

Doña Berenguela. Perfectamente. Pues que haya alivio...

Regla. Muchas gracias.

Doña Berenguela. Y hasta mañana, si Dios quiere.

Regla. Si Dios quiere, doña Berenguela.

Doña Berenguela. Adiós, señorita. Adiós, señor.

El Abuelo. Vaya con El, señora.

Doña Berenguela. *(Desde la puerta del foro.)* Buenas tardes. *(Vase por el foro derecha.)*

El Abuelo. ¿Por qué no salís? ¿Qué tienen tus hermanas?

Regla. ¿No lo has oído? Están cansadas, les duele la cabeza...

El Abuelo. ¡Falso! Algo pasa hoy aquí, que todos tratan de ocultarme; pero yo me he de enterar, sea como sea.

Regla. ¡Que no pasa nada, Abuelo! ¡Qué manía!

El Abuelo. Entonces, ¿por qué me huís? ¿Por qué llego adonde estáis hablando y os calláis al verme? ¡Algo pasa, te repito que algo pasa! Y yo sabré qué es; te juro que lo sabré.

Regla. *(Echándolo a broma y dando la sensación de que se trata de una manía del viejo.)* ¡Bueno, Abuelo, lo que quieras! ¿Qué va a pasar? ¿Te vienes conmigo al comedor? ¡Anda, te desafío a una partida de ajedrez! Me das la reina y jugamos. ¿Quieres?

El Abuelo. (Tratan de alejarme de aquí. Algo ocurre y algo no corriente. ¿Qué será?)

Regla. ¿Te conviene mi proposición?

El Abuelo. Está bien, la acepto, la acepto. ¡Pero tú me vas a decir lo que pasa! ¿Verdad, Regla, que me lo vas a decir?

Regla. ¡Qué empeño! ¡Si no pasa nada, Abuelo! ¿Quieres que te invente una mentira para satisfacer tu capricho? ¡Anda, vamos al comedor! ¡Jugando te distraerás!

El Abuelo. (¡Yo lo sabré, yo lo sabré!)

(Salen los dos por el foro. Queda la escena sola un momento. Por la izquierda aparece DOÑA BERTA, triste y cariacontecida, cruza en silencio el gabinete y se va por la puerta del foro. Luego sale por la izquierda DON BUENAVENTURA, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, preocupado, mustio, y empieza a dar

paseos por la escena. Después surge de nuevo, por la puerta del foro, DOÑA BERTA y se deja caer en una butaca, con un profundo gesto de desaliento.)

Doña Berta. ¡No puedo más, Buenaventura!

Don Buenaventura. Ni yo. Estoy vencido, anonadado; parece que tengo una montaña encima.

Doña Berta. Pues es preciso que levantes el espíritu. Eres tú quien ha de decidir lo que se ha de hacer, quien debe hablar con esos hombres... No me digas que te vas a cruzar de brazos en una situación como ésta. Piensa que eres el jefe de tu casa, el padre de tus hijas, y que estás en la obligación moral de moverte y de no apoltronarte esperando a que todo te lo den resuelto; que no se trata de una futesa, que se trata, nada menos, que del honor de la familia.

Don Buenaventura. Bueno, mujer, bueno. ¡Déjame en paz!

Doña Berta. Yo es que te conozco y por eso te hablo así.

Don Buenaventura. Pero, ¿no se le ha avisado ya a Pepe y a mi hermana, no han quedado Peralta y Banderita en vernos esta misma tarde? Pues ¿qué más? Sólo nos resta esperar a que vengan para resolver en definitiva. ¿Qué quieres que haga yo?

Doña Berta. Nada, Buenaventura, nada. Si te colocas en esa actitud de intransigencia, hemos acabado la conversación. *(Levantándose y asomándose al pasillo.)* ¡Martina! ¡Martina!

Don Buenaventura. ¿A qué llamas ahora a la chica?

Doña Berta. ¡Tú, déjame! ¡Martina!

Martina. *(Dentro.)* ¿Señora? *(Aparece MARTINA por la puerta del foro.)*

Doña Berta. ¿Llevaron la carta a casa de mis cuñados?

Martina. Sí, señora. Y aquí están ellos ya. Ahora suben en el ascensor.

Doña Berta. Pues hágalos pasar y cuide de que nadie nos moleste mientras hablamos. Si viniera alguna visita, ya sabe usté: no estamos en casa. Y si llegaran, por casualidad, el señor Peralta o el señor Bandera, avísenos.

Martina. Está bien, señora. *(Anunciando.)* ¡Sus hermanos!

Doña Berta. Déjenos solos.

Martina. Con su permiso, señora.

(Vase Martina y, por el foro, entran alarmadísimos, RAQUEL y PEPE GUTIERREZ.)

Raquel. ¡Berta!

Doña Berta. ¡Raquel! *(Se abraza a su cuñada llorando desconsoladamente. Don Buenaventura recibe con efusión el abrazo que le da Pepe Gutiérrez.)*

Raquel. Pero, ¿qué ha sido eso? ¿Qué nos dices en tu carta?

Pepe. ¿Qué ha pasado aquí?

Don Buenaventura. *(Con voz apagada.)* ¡Hola, Pepe!

Pepe. ¡Animo, hombre! No hay que amilanarse. ¡Todo se arreglará!

Don Buenaventura. Estoy aplanado, deshecho...

Pepe. Lo creo, lo comprendo.

Raquel. *(Prodigándole caricias y consuelos a su cuñada.)* ¡Vamos, Berta, vamos!... ¡No llores más, mujer!

Don Buenaventura. Así está desde anoche.

Raquel. Serénate y explícanos.

Doña Berta. ¡Mi honra, mi orgullo, en lo que yo tenía puestos mis ojos!...

Don Buenaventura. Sentarse. Siéntate, Pepe.
(Se sientan todos.)

Raquel. A mí la noticia, ya comprenderéis que me ha dejado tonta.

Doña Berta. Pues ¿y a nosotros?

Pepe. Pero, ¿cómo fué? Después que ésta y yo nos marchamos del baile, seguramente, ¿no?

Don Buenaventura. Si hasta última hora no nos dimos cuenta de nada...

Doña Berta. ¡Una locura, hijos, una locura!

Raquel. ¡Qué pícaras niñas!

Pepe. La falta de juicio...

Raquel. Los pocos años...

Pepe. El no pensar las cosas...

Raquel. No darle al hecho la importancia que tiene...

Doña Berta. Sí, sí... Pero ¡ya ves!

Don Buenaventura. ¡Ya veis!

Doña Berta. Para nosotros ha sido un golpe mortal.

Don Buenaventura. Juzgad de nuestra angustia, ajenos en absoluto a lo ocurrido, cuando, al finalizar la fiesta, pudimos notar la ausencia de nuestras hijas. ¡No me quiero ni acordar!... A ésta le dió un accidente, tuvimos necesidad de llevarla a una farmacia... ¡Qué sé yo! Os digo que no me quiero ni acordar.

Raquel. ¿Y qué hicísteis?

Don Buenaventura. Venirnos a casa y esperar. ¿Qué querías que hiciéramos? Y allá, a las cinco y pico, aparecieron las dos, Matilde y Lucy, llorosas y arrepentidas, contando lo que les había pasado. En el primer

impulso las hubiera querido matar; pero fué tanta la alegría que me dió al verlas, que toda mi indignación se deshizo en lágrimas y por todo castigo las estreché contra mi pecho en un abrazo, tan fuerte y tan largo que duró... ¡Yo no sé! ¡Hijas de mi alma! *(Pausa.)*

Raquel. Y bueno, ¿qué? Decidme. La gente, ¿se llegó a dar cuenta de algo?

Don Buenaventura. ¿Cómo no? ¡Calcula! Aunque quisimos disimular, no fué posible evitar que unos cuantos se enteraran; la de Canales, por ejemplo, que estaba con nosotros, como sabes, y los de Andreu, y el hermano de Anita Marqués, que nos acompañó a la farmacia...

Raquel. ¡Qué vergüenza!

Doña Berta. Y además—¡figúrate!—, quien las haya visto entrar en casa, ya de día, a las cinco y media casi...

Raquel. ¡Qué bochorno!

Don Buenaventura. ¡Eso desde luego! La campanada está dada y el escándalo es público.

Pepe. ¡Hay que procurar, entonces, una reparación inmediata!

Don Buenaventura. Lo mismo pensamos, y para ello ya se les ha avisado a Peralta y a Banderita de que tengan la bondad de venir a vernos esta misma tarde.

Pepe. ¡Bien hecho!

Raquel. ¿Y qué han dicho?

Doña Berta. Que sí, que vendrán.

Raquel. ¡Claro, como que son dos caballeros!

Don Buenaventura. ¡Eso, sí! Las mismas chicas confiesan que los muchachos estuvieron correctísimos y más apesadumbrados que ellas todavía al ver que corrían las horas y que el desperfecto del «auto» no conseguía arreglarlo el chauffeur.

Raquel. Si para mí lo inexplicable es cómo ellos pudieron, no ya proponer, sino ni siquiera aprobar la idea del paseo. Peralta, que es tan pundonoroso, tan gentil...

Pepe. ¡Eso, no, Raquel! Si tenían calor, que sí lo tendrían—estaba el salón que echaba bombas; más que el Palacio de Hielo, era el Palacio de Fuego—y las parejas querian refrescarse y charlar a solas, poéticamente, a la luz de la luna, la propuesta de un paseo en automóvil, en esas circunstancias, es fácilmente aceptable. Yo me hago cargo. En lo que hicieron mal, a mi juicio, es en no decírselo a éstos.

Don Buenaventura. Es que si nos lo dicen no hay paseo.

Pepe. ¡Bah, bah!... ¡Quién sabe! A lo mejor... ¡To-

do es posible! Tratándose de unos muchachos «bien», como se trataba... ¡Sobre todo, os hubieran evitado el disgusto!

Raquel. Eso es verdad: ¡Tiene razón Pepe! ¡No hacer las cosas a derechas!

Pepe. Y no medir tampoco el alcance de los hechos. *(Pausa.)*

Raquel. ¿Y las chicas?

Doña Berta. Pues en su cuarto están, sin atreverse a salir.

Raquel. ¡Las pobres!...

Doña Berta. Hasta que no veamos en la actitud que se presentan los pollos...

Raquel. Pero, ¿en qué actitud se van a presentar, mujer? ¡No los conoces! Te repito que son dos caballeros.

Pepe. Además, Peralta es de Buenos Aires, súbdito americano—el embajador de la Argentina es íntimo amigo mío—; si se negara, lo que no creo, a dar la debida reparación, yo hablaría con el embajador para que le obligara, y... ¡no te preocupes de eso!

Don Buenaventura. Os habíamos mandado llamar, precisamente por lo mismo, para que estuvieseis aquí cuando ellos vinieran, y con vuestra autoridad... ¡Sobre todo con la tuya, Pepe!

Pepe. No me figuro que haga falta nada; pero, en fin, si fuera precisa mi intervención, pues... ¡yo, luego, hablaría con ellos!

Doña Berta. ¿Luego?

Pepe. *(Levantándose.)* Sí, Berta, sí. Ahora me es imposible quedarme. He venido sólo por el deseo natural de saber por vosotros y con más detalles lo ocurrido; pero estoy faltando hace media hora a una cita, para mí muy urgente, con algunos electores de mi distrito. Les había dicho que me esperasen, a las tres, en el Salón de Conferencias; son las tres y media y, bien contra mi deseo, no puedo demorar más mi falta. Lo siento; de verdad que lo siento; pero deberes de la política me reclaman.

Doña Berta. Quienes lo sentimos somos nosotros.

Pepe. ¿Por qué, si os repito que no hará falta nada? Además, aquí se queda Raquel, que es como si fuera yo, mejor que yo en este caso, porque sobre Peralta ejerce ella un gran ascendiente. Y en último extremo, si juzgárais imprescindible mi presencia, no tenéis más que avisarme por teléfono al Congreso y en un vuelo estoy aquí. Y tú, Buenaventura, no eches en saco roto lo que te he dicho: si lo creyeras necesario, el embajador de la Argentina es íntimo amigo mío, un incondicio-

nal, yo le hablaría y... ¡Eso está hecho! ¡No te preocupes, hombre, no te preocupes! ¡Y adiós! Si acabo con tiempo, volveré. Y lamento el percance; pero no apuraros. ¡Eso está hecho, eso está hecho! ¡Adiós! ¡Hasta después! *(Mirando su reloj.)* No veo a las niñas, no me da tiempo de ver a las niñas; las veré a la noche. *(Hace como que se va y vuelve, dirigiéndose a su mujer.)* ¡Ah, tú, encárgate de recoger el palco para la corrida del domingo! Y déjale tarjeta a los de Dóriga, que es hoy el santo del padre. *(Haciendo memoria.)* ¿Qué más? ¿Qué más? ¿Tenía yo que decirte más? ¡No! ¡Sí! Que preguntes por la Casa Rosales, que está en cama desde ayer. ¿Algo más? ¡Sí! ¡No! En fin, que no me voy. Y que los electores me esperan. *(A sus hermanos.)* ¿Me he despedido de vosotros? Creo que sí. *(Nuevamente hace como que se va y nuevamente vuelve, dirigiéndose a Raquel.)* ¡Ah! ¡Ya decía yo! Pásate por la caja del Crédito y sácame la botonadura de brillantes, que mañana tengo té en la Legación de Turquía. Y... nada más; afortunadamente, nada más. ¡Quedáos con Dios! *(Vase definitivamente por el foro.)*

Don Buenaventura. ¡Adiós, hombre!

Doña Berta. ¡Adiós, Pepe!

Raquel. ¡El pobre!... No sé cómo tiene cabeza para acordarse de tanta cosa. Además, lo fríen a encargos y peticiones.

Don Buenaventura. Que, por lo visto, te traslada a ti.

Raquel. No, que él también hace lo suyo. *(Levantándose.)* Bueno, voy a ver a las chicas.

Doña Berta. Te avisamos si vienen esos, ¿no?

Raquel. Como queráis, aunque, realmente, yo no toco pito aquí. Mejor sería que vosotros les hablárais a solas... Sí, porque para estos asuntos delicados, mientras menos gente haya delante, mejor. Y, si acaso, después que esté todo arreglado, me llamáis. Me parece lo más acertado, ¿no, Buenaventura?

Don Buenaventura. Eso... ¡allá tú!

Raquel. Berta y tú les decís lo que sea, y ellos también tendrán mayor libertad para explicarse, yo creo... ¡De todos modos, yo aquí estoy a lo que acordéis!... ¡Hasta ahora! *(Vase por la izquierda.)*

Doña Berta. ¿Qué opinas tú de todo esto?

Don Buenaventura. Pues... ¡No sé qué decirte! Pero, francamente, el optimismo de ellos se me ha comunicado y ya no veo tan negro el horizonte.

Doña Berta. Hágalo Dios por ellas, por nosotros y por mi padre. ¡Sin vida estoy de pensar que se entere! *(Por el foro aparece MARTINA.)*

Martina. ¿Señora?...

Doña Berta. Entra, Martina.

Martina. El señor Bandera y el señor Peralta.

Don Buenaventura. *(Sin poder contener un movimiento nervioso.)* ¡Ellos!

Doña Berta. *(Con visible agitación.)* Que pasen, que tengan la bondad de pasar aquí. *(Vase Martina.)* ¡Sin pulso me he quedado!

Don Buenaventura. ¡Animo, mujer! Te diré yo lo que tú me decías antes. ¡Ahora es cuando hacen falta los arrestos!

(Por el foro aparecen PERALTA y BANDERITA.)

Peralta. ¿Hay permiso?

Don Buenaventura. Adelante, señores, adelante. ¿Cómo van? Tomen asiento. Berta, haz el favor de cerrar esas puertas. *(Berta obedece a su marido y cierra las puertas del foro y de la izquierda.)*

Peralta. ¡Tanto misterio!

Don Buenaventura. Nadie tiene por qué enterarse de lo que aquí hablemos nosotros. Tomen asiento. Siéntate tú también, Berta. *(Se sientan todos.)*

Banderita. Yo lo que les agradecería a ustedes es que me diesen un poquito de agua. Vengo seco.

Doña Berta. *(Levantándose.)* Con mucho gusto. *(Abriendo la puerta del foro y saliendo al pasillo.)* ¡Martina! ¡Martina!

Martina. *(Dentro.)* ¿Señora?...

Doña Berta. ¡Sírvenos agua!

Martina. *(Dentro.)* ¡Al momento, señora!

Don Buenaventura. *(Ofreciéndoles tabaco.)* ¿Un pitillo?

Peralta. *(Aceptándolo.)* Gracias.

Banderita. *(Aceptándolo también.)* Muchas gracias. Cuando beba el agua... ¡Estoy seco!

(Por el foro entra MARTINA con una bandeja y en ella cuatro vasos de agua.)

Martina. ¡El agua!

Doña Berta. *(Indicándole a Banderita.)* Para el señor.

Banderita. *(Cogiendo un vaso.)* ¿Ustedes gustan?

Don Buenaventura. Que siente bien.

Banderita. *(Después de beberse un vaso y soltándolo en la bandeja.)* Muy rica que está. Lo bien que sabe el agua cuando se tiene miedo... es decir, cuando se tiene sed. ¡Mejor que un solomillo! Es decir, que me dan ahora un solomillo y prefiero el agua.

Doña Berta. Lo contrario pensaría si, en lugar de sed, tuviera hambre.

Banderita. Es verdad. He dicho una tontería.
Don Buenaventura. Ha hablado usté...
Banderita. ¿Cómo?...
Don Buenaventura. Como un libro.
Banderita. ¡Ya!
Martina. ¿Hace falta más agua?
Doña Berta. Deja ahí la bandeja, por si acaso.
Don Buenaventura. Y cierra la puerta al marcharte. *(Martina suelta la bandeja sobre una mesita, cerca de donde está sentado Banderita, y se marcha por el foro cerrando la puerta tras de sí.)* Y bien, señores; ustedes ya sabrán para lo que han sido llamados.
Banderita. Nos lo suponemos.
Peralta. Tú, Banderita, habla por ti.
Don Buenaventura. ¿Es que usté, señor Peralta?...
Peralta. No me gusta aventurar juicio alguno. Espero a conocer las cosas, sin tomarme la molestia de adivinarlas.
Don Buenaventura. Pues bien, señores míos: se trata, sencillamente, de lo ocurrido anoche.
Peralta. ¡Desagradable asunto!
Doña Berta. Para nosotros, demasiado.
Peralta. Y para mí también. ¡Adelante, señor Collado!
Don Buenaventura. El paso dado por ustedes a mucho les obliga.
Banderita. Sí; pero tenga usté en cuenta, don Buenaventura...
Don Buenaventura. ¿Que ustedes lo hicieron inconscientemente, de un modo inocente y sin prever las graves consecuencias que el sencillo hecho ha originado? Estamos conformes. Pero lo cierto es que la realidad ha sido otra bien distinta, y que el honor de nuestras hijas está en entredicho. ¡Hablo con dos caballeros!
Banderita. Eso, también es verdad. Y por mi parte, estoy dispuesto a lo que sea menester, incluso a casarme con Lucy mañana mismo, si ustedes quieren.
Doña Berta. (¡Gracias, Dios mío!)
Don Buenaventura. A eso aspirábamos, y, francamente, no esperábamos menos de su caballerosidad, señor de Bandera.
Banderita. Sin de, Bandera a secas. Pues, ya les digo: por mí, encantado.
Don Buenaventura. ¿Y no pondrá inconveniente su familia en concederle a usté el permiso para la boda?
Banderita. ¡Anda, no, señor; qué ha de poner! Al contrario. ¡Menuda alegría le voy a dar a mi padre cuando le diga que, desde mañana, no me tiene que mantener!

Es capaz de decirme que me case esta noche. ¡Ahí es nada! Una boca menos, con once que somos en casa a la hora del «piri». ¿Quiere usté callar? Porque, eso sí: yo no tengo un gordo ni por donde me venga. Si me caso con Lucy tendrán ustedes que hacerse la cuenta de que tienen un hijo más.

Don Buenaventura. Pero, ¿usté?... Yo creía que usté...

Banderita. ¡Ni linda, don Buenaventura! ¡Ni hablar de eso! Y sé leer y escribir porque, vamos, me lo metieron en la cabeza a traición, como cuando a los pequeños se les da un purgante diciéndoles que son bombones, que, si no, a estas horas, servidor, analfabeto. ¡A mí que no me hablen de trabajar, porque me dan vahidos!

Don Buenaventura. *(En voz baja a su mujer.)* ¿Oyes esto, Berta?

Doña Berta. Sí, oigo, Buenaventura.

Don Buenaventura. ¡Una boca más!

Doña Berta. ¡Todo sea por Dios! ¡A ver qué dice el otro!

Don Buenaventura. *(A Peralta, que está distraído viendo subir el humo del pitillo.)* Y usté, señor Peralta, ¿supongo que estará usté dispuesto a seguir el ejemplo de su amigo?

Peralta. *(Volviendo en sí.)* ¿Eh? ¿Decía usté...? ¡Perdón! Me hallaba distraído.

Don Buenaventura. Preguntaba si la actitud adoptada por Banderita era la suya también.

Peralta. No veo por qué, señor Collado. Me parece muy bien que Banderita se case con Lucy. ¡Es su novia! Yo, en cambio, con Matilde no he pasado de sostener un flirt más o menos significativo. Hay diferencia en las relaciones de uno y otro.

Don Buenaventura. Pero para el honor de ambas, puesto en evidencia por ustedes dos, no puede haber diferencias, señor mío.

Peralta. Se me figura que usté exagera un poco la nota, señor Collado. No es la falta de tanta trascendencia como para exigir tan honda reparación. Se trata, simplemente, de un accidente de automóvil. Si el motor hubiese funcionado y a tiempo hubiésemos regresado al baile, usté no tenía por qué haberse enterado siquiera...

Don Buenaventura. Pero como no fué así...

Peralta. No fué así, y soy el primero en lamentarlo, señor. Y en mostrarme propicio a dar a usté satisfacciones de palabra cuantas quiera; pero no saque, mi amigo, la cuestión de su terreno, no me haga pensar que

se aprovecha de un cabello no más para buscarme una encerrona...

(Don Buenaventura, Peralta y Banderita se ponen de pie.)

Don Buenaventura. ¡Esas palabras, señor Peralta!...

Doña Berta. Nosotros somos incapaces de lo que usté supone.

Peralta. No se me alteren, no se me alteren y óiganme con mesura. Yo sé lo que me digo.

Don Buenaventura. Usté no tiene derecho a pensar de nosotros...

Peralta. Nada pienso, señor. Apunto un juicio, que usté me rebate, y podemos seguir discutiendo. *(Se sientan de nuevo y Banderita se bebe otro vaso de agua.)* Decíales que yo no tenía por qué imitar al amigo Bandera, fundándome en que jamás, óiganlo bien, jamás hice el amor a su hija. Cierto que he hablado mucho con ella, cierto que me gusta; pero cierto también que no la hice el amor.

Don Buenaventura. ¿Y qué importa para lo que aquí se discute?

Peralta. Importa mucho. No es igual un novio que un amigo. Cambia de aspecto la cuestión.

Don Buenaventura. En resumidas cuentas, que se niega usté a recibir la mano de Matilde.

Doña Berta. ¡Basta, Buenaventura; no sigas! ¡Que Pepe hable con el embajador como nos dijo y no discutamos más!

Peralta. ¿Con qué embajador?

Doña Berta. Con el de su país.

Peralta. ¿Y para qué hablar con el embajador?

Doña Berta. Para obligarle a usté a que se case con mi hija.

Peralta. Imposible. Vea, señora, que el embajador no puede obligarme a eso.

Doña Berta. ¿Por qué?

Peralta. Porque soy casado.

(La noticia produce en doña Berta, en don Buenaventura y en Banderita un vivo estupor.)

Doña Berta. ¿Eh?

Don Buenaventura. ¿Casado?

Banderita. ¡Agua!

Peralta. Y separado de mi mujer hace dos años por diferencia de caracteres.

Banderita. ¡Agua! ¡Agua!

Doña Berta. *(A Banderita.)* ¡Ahí tiene! Beba la que quiera.

Banderita. ¡Señora, si es que exclamo! (¡Menudo pez! ¡Casado! ¡Vaya un punto!)

Don Buenaventura. ¡Casado!

Doña Berta. ¡Casado!

Don Buenaventura. ¿Y cómo no lo dijo antes?

Peralta. No creí necesario dar mi filiación al ser presentado en esta casa como si se tratase de extenderme un pasaporte.

Don Buenaventura. *(Reaccionando, después del aplanamiento, y levantándose.)* ¡Está bien, señor! Está usté en su derecho. ¡No hablemos más! *(A doña Berta, señalándole la puerta del foro.)* ¡Abre ahí! Llama.

Doña Berta. Pero...

Don Buenaventura. ¡Llama te digo!

(Doña Berta abre la puerta del foro y sale al pasillo.)

Doña Berta. ¡Martina!

(En el foro aparece MARTINA.)

Martina. ¿Señora?...

Don Buenaventura. *(A Martina.)* Acompaña a los señores hasta la puerta.

(Peralta y Banderita, que permanecían sentados, se ponen rápidamente de pie.)

Peralta. ¡Ese gesto, señor Collado!...

Don Buenaventura. Por no emplear otro más violento en mi propia casa. ¡Acompaña a los señores, Martina!

(Peralta agacha su cabeza y se dispone a salir. Banderita se acerca a don Buenaventura.)

Banderita. Bueno; pero de lo mío...

Don Buenaventura. Ya hablaremos, Banderita. Ahora comprenda usté que necesitamos estar solos. *(Saludando a Peralta y Banderita con una inclinación de cabeza.)* Señores...

(Peralta y Banderita saludan con otra inclinación de cabeza y van a salir por el foro, seguidos de Martina; pero antes Banderita se acerca a Martina y le pregunta en tono confidencial.)

Banderita. ¿Qué tal se come aquí? *(Salen.)*

Doña Berta. ¡Casado!

Don Buenaventura. *(Cayendo en una butaca aplanado por el peso de la catástrofe y tapándose el rostro con las manos.)* ¡Dios!

(Por la izquierda salen rápidamente RAQUEL, LUCY y JUAN.)

Raquel. ¡Casado!

Doña Berta. Pero, ¿habéis oído?

Raquel. ¡Todo!

Lucy. Estábamos ahí, detrás de la puerta.

Juan. ¡Es que yo mato a Peralta!

Don Buenaventura. ¡Juanito!

Juan. ¡Que lo mato! Estas que no me han dejado salir, que si no, yo te juro, papá, que no se va de rositas. ¡Canalla!

Don Buenaventura. No nos faltaba otra cosa para acabar de destrozarnos. ¡Deja tú eso, Juanito, deja tú eso, que yo ya sé lo que tengo que hacer!

Juan. ¡Granuja!

Raquel. Hijos, la verdad es que se lleva una cada chasco...

Lucy. ¡Y parecía una persona decente!

Doña Berta. Vivimos en un mundo que no sabe una con quién trata.

Raquel. ¡Mira tú, casado y haciéndole cocos a Matilde! ¿Habrá cínico?

Juan. ¡Te digo que lo mato!

Doña Berta. ¿Y Matilde?

Raquel. Con nosotros estaba, escuchando también, y al enterarse del notición se fué llorando hacia allá dentro.

Doña Berta. ¡Pobre hija!

(Por el foro aparece REGLA.)

Regla. ¡Mamaíta!... ¡Matilde!

Doña Berta. ¿Qué?

Regla. Que estaba yo en el comedor jugando al ajedrez con el Abuelo, para entretenerlo, y que no viniera aquí, cuando ha llegado, hecha un mar de lágrimas, y se ha puesto a contarle todo lo que ha pasado.

Doña Berta. ¿Al Abuelo?

Regla. ¡Te digo que sí, mamá!

Doña Berta. Pero esa criatura, ¿sabe lo que ha hecho?

Regla. *(Asomándose al pasillo.)* ¡Y míralos! Aquí vienen los dos.

(Por el foro entra MATILDE, con los ojos de haber llorado.)

Doña Berta. ¡Matilde! ¿Le has dicho al Abuelo?...

Matilde. ¡Sí, mamá; se lo he dicho! No podía más; necesitaba desahogarme y nadie mejor que él para confiarle mi pena. Tan bueno y tanto me quiere que hasta me ha perdonado.

Doña Berta. ¿El Abuelo?

Matilde. Sí.

(Se sienta Matilde en primer término y de cuando en cuando se seca con su pañuelo las lágrimas que le resbalan por las mejillas. Por el foro hace su aparición EL ABUELO. Al principio no habla, mira a todos y al verlos callados y tristes empieza a hablar.)

El Abuelo. Comprendo vuestra desolación, compren-

do vuestra amargura; lo que no comprendo es por qué me habéis callado la verdad.

Doña Berta. Queríamos evitarle el disgusto.

El Abuelo. ¿A mí? Pero si estoy por decir que hasta me alegro.

Doña Berta. ¡Papá!

El Abuelo. ¡Honda lección y duro castigo! ¡Bien merecidos los teníais! Y no culpad a estas pobrecitas de lo sucedido; la culpa no es de ellas, la culpa es vuestra, tuya principalmente, porque, siendo su madre, has renunciado a tu derecho pagando una mujer que haga tus veces; porque, debiendo educarlas en el santo temor de Dios, les han dado una libertad de la que no han sabido hacer uso; porque, en lugar de enseñarlas a cumplir con sus deberes, las has llevado a bailes y fiestas de disipación y de escándalo. ¿De qué te quejas, luego?

Doña Berta. ¡Bastante arrepentida estoy! No me haga usté derramar más lágrimas.

El Abuelo. ¡Eso quiero, eso procuro! ¡Bien haya la lección si sirve de enmienda y enseñanza! ¡Ahí tienes lo que has sacado de todo ello! ¡Toma pollos «bien», toma casamiento ventajoso! ¡Pero esto acabó, quiero suponer que se acabó!

Doña Berta. ¡Para siempre!

El Abuelo. Así sea.

Doña Berta. ¡Nunca más, nunca más! ¡Bastante castigada estoy!

Don Buenaventura. ¡Y bien caro nos ha salido el paso del camello!

El Abuelo. Como que aquí no ha habido más paso ni más camello que tú.

Don Buenaventura. ¡Abuelo!

El Abuelo. ¡Tú! Porque no has sabido ser el amo de tu casa para imponerte a las locuras de mi hija. Pero jamás es tarde para volverse atrás. De hoy en adelante emprendamos todos una nueva vida. Véndase mi cortijo, páguense las deudas...

Doña Berta. *(Indicándole con la mirada que está allí Raquel.)* ¡Papá!

El Abuelo. Y que se entere tu cuñada, ¿qué? *(Encarándose con Raquel.)* ¿No lo sabías? ¡Pues ya lo sabes! Aquí no hay más que trampas. Y no poca culpa te cabe a ti en esta ruina.

Raquel. ¡Abuelo!...

El Abuelo. Cuando llega la hora de la verdad hay que decirla por amarga que sea. Véndase el cortijo, páguese todo y reduzcámonos a vivir en nuestra esfera, sin lujos, sin boato, sin falsos oropeles. ¡Se acabaron los

bailes! ¡Se acabaron los paseos! ¡Se acabó la «carabina»! Las niñas, aquí, en casa, a trabajar, a coser, a ganarse la vida, y éste, a estudiar, a ser un hombre de provecho, a emplear su cabeza en pensar y no en darle golpes a una pelota. Hay que hacer de los hijos, hombres y mujeres que sirvan a su patria y a su hogar, no tanguistas y deportistas. ¡Ojalá aprendieran en vosotros tantos y tantos padres!... *(Yendo hasta donde está Matilde sentada y cogiéndole la cabeza entre sus brazos.)* Y tú, víctima inocente de esta vesania, no llores, no te aflijas... Alza tu espíritu, levanta tus ojos. Tu falta no es tan grave como para que no alcance perdón. Eres muy niña, tienes toda la vida por delante... Trabaja, purifícate, aprende en este tu primer tropiezo que no siempre es oro lo que más brilla y... ¡Quién sabe si aún puedes ser feliz! *(En este momento, como una ilusión y una esperanza suena en el piso de arriba el minuetto de Paderewski tocado en la pianola. El Abuelo y Matilde levantan su vista hacia la altura.)* ¡Quién sabe!... *(Y cae el telón.)*

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Marzo, 1923.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edición.)

¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Tercera edición.)

Los ídolos, comedia en dos actos. (*)

El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.

Correo de gabinete, entremés. (*)

El Patio de los Naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)

Punta de viuda, entremés.

El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)

La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

Primavera de la vida, comedia en un acto.

La casa de los pájaros, drama en cuatro actos. (Segunda edición.)

Mañanita de San Juan, entremés. (Segunda edición.)

Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.

El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

La sal del cariño, entremés.

La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.

La caseta de feria, comedia en tres actos.

Alfonso XII, 13, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

La mujer de su casa, sainete.
El Otelo del barrio, sainete en tres cuadros, con música del maestro Jacinto Guerrero.
Inmaculada, comedia en tres actos.
Constantino Pla, comedia en tres actos.
El clavo, comedia en tres actos.
El paso del camello, comedia en tres actos.

La copla vengadora, novela.
La Casablanca, novela. (Publicadas en «La Novela de Bolsillo».)

Precio: 3,50 pesetas